

LILIA GRANILLO DE ANG

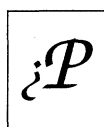
# **La visión de las vencidas**

**o qué pasó con las princesas**

*A Gonzalo, liberador de mujeres, y a todos  
los mexicanos que son como él.*

*A Margarita, indígena bilingüe que me  
preguntó qué pasó con las princesas.*

## A manera de explicación



or qué inquietarme ante el destino de las princesas? esto que escribo es el testimonio de una respuesta personal a dos acontecimientos en mi vida: una lectura y una vivencia. Primero leí acerca de unas nobles aztecas, después alguien más me preguntó qué había pasado con las princesas que alguna vez fueron las dueñas de esta tierra. Desde la lectura, yo misma comencé a investigar. Cuando me lo preguntaron, comprendí que mi investigación no era inútil, que a otras mujeres también les inquietaba el destino de aquellas precolombinas que alguna vez tuvieron privilegios. Mi optimismo inverterado me alentó a pensar que acaso algunos hombres también puedan interesarse en este asunto tan complejo. Desde la Expo-Sevilla, el Premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú y el levantamiento de los indígenas de Chiapas constituidos en Ejército Zapatista de Liberación Nacional, lo sucedido, en fin, tras el Quinto Centenario del Descubrimiento de América cuyas repercusiones han trascendido el año de 1992, me confirman que el asunto sigue siendo vigente, que vale la pena indagar, aunque sea parcialmente, por qué es inquietante para las mexicanas lo ocurrido en 1492, y por qué cinco siglos después se presentan síntomas alarmantes de un hecho histórico que parecía haber quedado en el pasado.

Fui escribiendo parcialmente las respuestas. Por ello, este libro se divide en partes, algunas breves, otras más largas, unas muy racionales y otras apasionadas, pero todas ellas constituyen el testimonio de una obsesión personal, obsesión que este libro resuelve también en parcialidades. Cuando lo leo y me percató de que es un mosaico de material diverso, me consuelo pensando que así hacemos las cosas algunas mujeres, con parches, como los cubrecamas; parches que al fin proporcionan una obra de gran utilidad. Espero que este testimonio también proporcione, al último, un pensamiento completo, algo útil para acercarnos más a esa construcción compleja que es la identidad femenina mexicana.

# 1 | Los gestos nobles de algunos hombres

**E**

n 1986, leí una reseña dedicada a un libro que contiene información acerca de la Conquista de México. Al hablar de la controvertida figura de Hernán Cortés, el erudito Manuel Ulacia señalaba:

*"sorprende al lector el hecho de que Cortés haya tenido un gesto noble con las descendientes legítimas del Rey Moctezuma (Doña Isabel y Doña Marina) al donarles tierras y encomiendas para protegerlas. Este acto de Cortés tiene que ser interpretado dentro de los códigos medievales del honor español. Recordemos que el Cid Campeador se casa con Doña Ximena después de haber matado a su padre".<sup>1</sup>*

Tratar de identificar la nobleza que Ulacia descubre en Cortés, me llevó a inquirir primero sobre el destino de Isabel y Marina; y así pasé a leer otras crónicas en busca de más datos sobre mujeres como ellas, las que se enfrentaron a los conquistadores. No podía pasar desapercibido para mí tal "nobleza" ponderada por un escritor inteligente y culto, cuyas reflexiones eran publicadas en una de las mejores revistas literarias de América Latina. Me era imposible calificar de "gesto noble" y de "donación", lo que yo denunciaría acremente como una de las atrocidades más feroces cometidas contra las mujeres. En principio, me rebelé a que esa "nobleza" quedara impune.

En plena postmodernidad, cuando impera la desconstrucción de los discursos represivos y hegemónicos que atentaban contra la libertad

1. Reseña de Manuel Ulacia a la *Entrevista de Gonzalo Fernández de Oviedo a Juan Cano en septiembre de 1544*. (Edición de José Luis Martínez, México, Editorial Ambos Mundos, México, 1986), en *Vuelta* 124, marzo de 1987, México, pp.52 ss

y la diversidad humanas, la persistencia en creer todavía que existe "nobleza" en un acto que implicó la expropiación de los escasos privilegios que las mujeres mesoamericanas tenían, me alarmó sobremanera y me conminó a empezar a investigar. ¿Fue "donación"? ¿Habría "nobleza"?

Me resistí a aceptar esa interpretación evidentemente falocéntrica y eurocentrista, que me remitía a la ideología protonacionalista de los polígrafos mexicanos del siglo XIX, aquellos que proclamaban que las mujeres indígenas tenían mucho que agradecer a los conquistadores por haberlas violado: su argumento era que "gracias" a esas violaciones había surgido el mestizaje mexicano. Cierta horizonte histórico me permitía condescender con semejantes afirmaciones decimonónicas en torno a las bondades de la violación, pues una debía tener en cuenta que aquellos intelectuales (Francisco Pimentel y Francisco Sosa, entre otros) habían muerto hacía ya muchos años. Pero cuando una se percata de que las ideas que amenazan la integridad de la mujer o de cualquier otro ser humano, subsisten sin aquel horizonte histórico, más vale dedicarse a refutarlas. Mis testimonios son ensayos que desafían la persistencia de actitudes que acepten que hubo tal nobleza y tal donación.

Debo confesar que, como toda mexicana medianamente culta, buscaba mis raíces para intentar explicarme el presente actual, tan lejano al de nuestras madres y abuelas gracias al feminismo de la década de 1970; y que la figura central de mi conocimiento indigenista era la Malinche. Como algunas mexicanas liberadas –feminista académica, me dirían las activistas– yo no compartía aquella visión que imagina a la Malinche como una impúdica, "salaz como todas las mujeres": mala y despreciable en esencia, causa de la desgracia de un pueblo y que por necesidad de su maldad en potencia debía quedar sujeta al mundo masculino.

A mí me gustaba más la Malinche de Rosario Castellanos, la de la década del feminismo radical y la contracultura. Aquella cuya actitud es una venganza sutil, que afirma que el amor o la lubricidad que le atribuyen, son móviles ignorados por ella; y que su alianza con Cortés fue una estrategia deliberada, porque "Moctezuma, el amo cruel, debía beber una taza de su propio chocolate".<sup>2</sup>

---

2. Rosario Castellanos, *El eterno femenino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p.90

El otro referente histórico que me venía a la mente cuando se hablaba de 1492 era, por supuesto, Isabel la Católica, la famosa reina a quien imaginaba dueña de "vidas y haciendas", empezando por la propia. Grande fue mi sorpresa al descubrir que también a ella se le había escatimado su derecho. Creí que era un caso de conciencia denunciar lo que había pasado con su última voluntad.

Antes de leer aquella reseña en *Vuelta*, yo pensaba ingenuamente que todos mis contemporáneos, sobre todo los universitarios después de la experiencia de 1968, estaban conscientes del prejuicio y la incomprensión *ad mulieri* hacia las mujeres conquistadas, o mejor dicho, invadidas. Fue una revelación leer, en una revista especializada, cuyo público es mayormente universitario —y que además dirige otro Premio Nobel de la cultura mexicana— un comentario marginal que me hizo percibir mi sensibilidad ante la opresión masculina. Un calificativo empleado con algo de cinismo me devolvió de golpe al cuadrilátero de los hombres contra las mujeres.

## 2 | ¿Qué pasó con las princesas?

**M**i propio destino me llevó a conocer la realidad actual de las descendientes –reales o simbólicas– de aquella aristocracia femenina arrasada por la conquista. Invitada por la Federación de Mujeres Universitarias,<sup>3</sup> asistí a un encuentro con mujeres indígenas. Se trató del Seminario Latinoamericano de la Mujer y los Derechos Fundamentales de los Pueblos Indígenas, realizado en julio de 1993, en la ciudad de Oaxaca, capital de uno de los estados con población mayoritariamente indígena.

En el aeropuerto de la ciudad de México, se podía reconocer a las que asistiríamos al encuentro por nuestra forma de vestir: llevábamos gabardinas de colores pardos, muchas con los forros londinenses, otras compradas en el Palacio de Hierro o en Liverpool, algunas tal vez en Suburbia. Íbamos vestidas de trajes sastres o de pantalones de lana ligera, en colores oscuros y con blusas claras, todas cargábamos nuestras ponencias en un portafolios de piel: eran las prendas de las mujeres universitarias.

Algunas académicas no imaginábamos que nuestras interlocutoras iban a ser mujeres vestidas de huipil o enrebozadas, que no habían viajado en avión, sino en camiones o a pie desde sus comunidades; muchas que apenas hablaban español. Por supuesto que no pude leer tranquilamente lo que yo había escrito para tal ocasión. Tuve que improvisar, y mejor opté por decidirme a escuchar, pues mis reflexiones sobre "La mujer indígena y la literatura", estaban fuera de lugar ante la problemática existencial de las mixes, triques, mayas, tojolabales, purépechas y

3. Patricia Galeana preside la Federación de Mujeres Universitarias, a ella debo una de las experiencias académicas más trascendentales en mi vida de universitaria y de mexicana. Ella organizó ese seminario.

otras más que habría de conocer. Mi participación estaba programada para la mesa "Cultura e Identidad" y agradezco sinceramente la oportunidad que me brindó de obtener los testimonios literarios de las indígenas que cierran este trabajo. Empecé por descubrir que no soy una mexicana cabal, quiero decir que, para ellas, yo soy "una mestiza", una mujer cuyas abuelas y bisabuelas no han vivido siempre en este país. Mi crisis de identidad se vio alimentada no por un reclamo, sino por una convicción de que nuestra sociedad es compleja y sus problemas sociales, en los cuales se ubican los de las mujeres, son múltiples. Ahí retomé alientos para continuar respondiendo aquella pregunta sobre los gestos nobles de algunos hombres.

Ese encuentro fue decisivo para mi obsesión personal: escuché de viva voz, sentí y comprobé la penosa existencia de decenas de indígenas, palpé el destino de las descendientes de aquellas mujeres que sufrieron la conquista. Siguen siendo "las vencidas", siguen sufriendo penosas condiciones de sobrevivencia en este mundo tan injusto para las que pertenecen a una etnia, marginadas todavía. Una de ellas, al relatarme las miserias de las mujeres en su comunidad, las innumerables ocasiones de discriminación femenina, fue la que me hizo la pregunta clave que da pie a este testimonio personal. Margarita me decía que sus abuelas le habían contado que las abuelas de las abuelas habían sido dueñas de esta tierra, y que había habido épocas mejores, las de las princesas:

*"Yo creo que alguna vez hubo princesas triques y mixes y mayas; y que no tenían que caminar ocho o diez kilómetros, con los pies desnudos y el estómago vacío, para cargar la leña o acarrear el agua; que no tenían que esconderse de los mayordomos ni de los caciques, ni de algún partido político para vivir en paz. Sé, por la historia, que hace más de quinientos años hubo princesas. Ahora, en mi comunidad, todas somos mujeres pobres. ¿Qué pasó con las princesas?"*

He aquí mi respuesta a esa pregunta que no pude ignorar.



# 3

## Del Descubrimiento y la existencia autónoma de la mujer

**E**

l llamado Descubrimiento de América representa una nueva etapa en la historia de la humanidad. La llegada de Colón a la isla caribeña en 1492 ha suscitado las más diversas polémicas y despertado los más oscuros rencores. Ante el 12 de octubre no todo el mundo está de acuerdo; ni siquiera en nuestro país hay coincidencia. Las vicisitudes del nombre de ese acontecimiento —que la visión eurocentrista llama Descubrimiento y que la cultura mexicana por décadas consagró como Día de la Raza; luego, brevemente y por efímero decreto, Día de la Hispanidad, y desde hace un lustro ha sido bautizado y rebautizado como Encuentro de dos mundos, Encontronazo, Choque de culturas y demás apelativos— reflejan las mutaciones conceptuales, sociopolíticas, culturales e incluso religiosas, que el ser humano ha sufrido al pensar en el 12 de octubre.

Me propongo una aproximación serena y madura ante el espinoso pasado. Creo que es imperativo reconocer el significado de este accidente histórico y la trascendencia de su valor simbólico. Conocer es comprender. Me inclino a pensar, con otros, que después de la aparición del género humano y del nacimiento de Cristo, no había ocurrido suceso de igual relevancia en el planeta. No creo que se deba festejar el acontecimiento; es indudable que tiñó de sangre al continente americano y de oprobio al resto del mundo. Por otra parte, tampoco debe olvidarse, de la misma manera en que nadie olvida su pasado, aunque ingenuamente trate de esconderlo. Hay que recordarlo como la fecha que marcó la globalización de la forma de vida más asombrosa sobre el planeta: la existencia de los hombres y de las mujeres en toda la tierra.

En efecto, el 12 de octubre debe evocar la instauración del vínculo entre mundos que se ignoraban mutuamente; y que desde entonces iniciaron un proceso de integración –nada fácil, pero benéfico al fin– que los ha llevado a convertirse en un solo orbe: el mundo en el cual vivimos las mujeres de hoy, seamos mestizas o indígenas.

De ninguna manera es casual que, en octubre de 1992, quinientos años después del "Descubrimiento", el premio Nobel de la Paz haya sido concedido a una mujer surgida precisamente del entorno cultural y geográfico que da significado a aquella fecha. Me parece que ese premio es evidencia de lo que la mujer ha aportado a la cultura del antiguamente llamado "Nuevo Mundo". Cabe una aclaración, el "Nuevo Mundo" existe solamente en la memoria histórica de la humanidad; después de medio milenio de convivencia –poco pacífica y a veces nada equitativa– la tierra se ha convertido en un mundo que algunos tratan de enlazar y otros de dividir; al fin y al cabo es un mundo único, diverso y multifacético, pero a cargo de la especie humana en sus dos géneros. Acaso el conocimiento de las diferencias contribuya a fomentar el respeto necesario para la coexistencia pacífica, tal vez a ello contribuya la recientemente inaugurada participación social de la mujer; tal vez ese sea el significado del Nobel a Rigoberta Menchú, una indígena a quien la cultura mexicana –el pueblo, dirán algunos– había acogido con anterioridad.

Me parece que la elocuencia del Nobel afirma el valor de la existencia misma de las mujeres americanas; es, en sí mismo, resumen y símbolo de la aportación de las indígenas a la cultura universal. Digo, con imprudencia asumida, que las indígenas de América, de las cuales descendemos muchas mexicanas y americanas, contribuyeron con sudor y sangre a la extinción del mundo androcéntrico, al fin de la definición masculina del planeta. O para hablar en términos positivos, a la existencia autónoma de la mujer.

E

n esta década, víspera del tercer milenio, cabe reflexionar acerca de la posición que ahora ocupa la mujer en el mundo. Acaso ello revierta la cuarta humillación que el androcentrismo cultural ha sufrido en los tiempos modernos. Me refiero al tipo de humillaciones consignadas por Freud. (Recuerdo, de paso, las tres primeras: la de Galileo, quien demostró que la Tierra, territorio del ser humano, no es el centro del universo; la de Darwin, quien demostró que el hombre no podía ser tan sólo creación de los siete días del Génesis, sino producto de la evolución vital y la de Freud mismo, quien declaró que el hombre "no era tan libre como pensaba, pues estaba a expensas de su inconsciente"). Decía Victoria Sau que "los nuevos tiempos pueden producirle al hombre la cuarta humillación: saber que no sólo nace de mujer, sino que procede de mujer en el sentido filogenético de la palabra".<sup>4</sup>

En efecto, durante siglos, algunos hombres fundamentaron su superioridad en la noción de anteceder a la mujer. Hace tiempo ya que las mujeres sabemos, y a veces tenemos que decirlo a gritos, que no sólo somos la mitad de la humanidad sino que, además, somos la madre de la otra mitad. Es necesario proclamar las reivindicaciones femeninas con voz firme y, sobre todo, serena. Por eso hablo de revertir y no de vengar o culpabilizar.

Si las mujeres continuamos demostrando al género humano nuestra importancia, que no prepotencia, revertiremos esa humillación; el movimiento de las mujeres se convertirá en un acontecimiento tan tras-

4. Victoria Sau, "Androcentrismo" en *Un diccionario ideológico feminista*, Icaria, Barcelona, 1981

cidental como el Descubrimiento de hace quinientos años. Acaso el tercer milenio que se aproxima, estará marcado social e históricamente por la liberación de todas las mujeres. La liberación femenina será la Buena Nueva del año 2000. La existencia autónoma de las mujeres, sin el referente masculino que antes las sojuzgaba, pronto se dará —ya casi se da, aunque no fácilmente— en todos los ámbitos vitales. Las bondades que una justa convivencia de los dos sexos acarrearán a la especie humana pueden ser innumerables. En todo caso, buena parte de la mitad de la humanidad ya estamos disfrutando esos beneficios y, con seguridad, hemos de transmitirlos a nuestros hijos e hijas. Las mujeres indígenas deben también llegar a disfrutarlos.

## 5 | Nueva identidad

**L**a búsqueda de una existencia autónoma de las mujeres está acompañada de la construcción de una identidad. La identidad tradicional, la de "la mujer para el otro", ya no nos corresponde. Y buena parte de la identidad está integrada por la visión del pasado. En estas circunstancias, me parece conveniente recordar, para conocerlas, a algunas mujeres, antepasadas nuestras que de manera casi inadvertida conforman nuestra identidad, no sólo la de las mexicanas, también la de los mexicanos. Me refiero a las mujeres nativas de América, a quienes les tocó protagonizar los acontecimientos que siguieron al 12 de octubre de 1492. Recordar a estas antepasadas me parece muy oportuno no solamente por el valor histórico; no acepto reducirlas a piezas de museo ni a productoras artesanales. Más que recordarlas, las invoco como predecesoras, como constancia de la persistencia de lo femenino. Por ello, por su resistencia, merecen ocupar un sitio especial en la memoria casi olvidada de la identidad de las mujeres latinoamericanas y del sujeto femenino en general.

Cada generación tiene derecho a escribir su historia, y a constituir, a partir de una cultura liberadora, la identidad propia. Como miembro de una generación revolucionaria en el desarrollo de la humanidad, asumo mi derecho a conmemorar a las caribeñas, aztecas, mayas e incas que enfrentaron el advenimiento del mundo español con las armas que tuvieron a mano, sin duda femeninas; y que trascendieron el marco exclusivamente masculino de la conquista del Nuevo Mundo mediante el mestizaje, que es una de las características de la vida de los hombres y las mujeres de América.

Hago la advertencia de que no es una conmemoración feliz, aunque sí necesaria en vista de algunas rémoras del prejuicio contra las indígenas y el indigenismo que aún subsisten. Con todo, el resultado del proceso de recuperación del pasado puede llegar a ser provechoso cuando el individuo, lector o lectora, mediante una experiencia anterior compartida, se identifica con el presente. No se ama lo que no se conoce, no se aprecia lo ignorado. Es más, con frecuencia, violencia y rechazo enmascaran el miedo a lo desconocido. Acaso por ello indigenismo y feminismo, experiencias de marginadas y marginados, despierten injustificadamente las sospechas de quienes creen tener la conciencia limpia. Más que clamar venganza, la marginación busca la comprensión y anhela la integración; requiere de la tolerancia, no la que condesciende, sino la que comprende a la otra. De la misma manera en que el machismo o el eurocentrismo adoptan muchas formas, existen muchos indigenismos y muchos feminismos. Ofrezco una ventana abierta —he procurado limpiarla y lustrarla— para mirar y admirar un aspecto del indigenismo femenino en España, México y América.

H

ay que empezar por recordar que la empresa del Descubrimiento fue, en esencia, una empresa femenina, de mujeres. En efecto, de no haber sido por Isabel la Católica y por la marquesa De Moya, entre otras, la historia sería diferente.

Aunque desde su juventud, Cristóbal Colón ambicionaba realizar la idea de encontrar un paso marítimo que lo llevara a las costas de Japón y de la India; en su contra estaban, entre otras cosas la falta de autoridad intelectual y personal; incluso se sospechaba de él, pues era judío converso.<sup>5</sup> No bastaba la convicción de que existía un paso marítimo rumbo al oeste, Colón necesitaba una flota, marinos, barcos, bastimento y un sinnúmero de cosas más para realizar su ambicioso proyecto: en pocas palabras, necesitaba patrocinio. Hombre de suerte, tuvo la fortuna de encontrarse con una patrocinadora, Isabel la Católica, mujer excepcional que tenía en abundancia lo que a Colón le faltaba, y que, además, estaba dispuesta a arriesgarse en una empresa que ya habían desaprobado los hombres, los otros monarcas de la época.

Mucho se ha dudado del interés de la Reina Isabel en el proyecto colombino. Se ha criticado la tardanza en sufragar la expedición. Sin embargo, un acercamiento a lo que precedió a la salida de Colón, nos convence de que fue la actuación de Su Majestad Católica, la que decidió que el futuro de América estuviera ligado a España. El duque de Medinaceli por la gran lealtad y el gran amor que profesaba a su Reina—amor y lealtad que ella, sin duda, se había ganado—remitió a Colón a

5. El origen de Colón es incierto. Hasta la fecha se sigue dudando de las condiciones de su nacimiento y extracción familiar. Cf. Antonio Ubieto, *et al. Introducción a la Historia de España*, Edit. Teide, Barcelona, 1965 p. 216 ss. Todas las biografías de Colón dedican varias páginas a los inciertos orígenes del biografiado.

la corte y lo presentó con Isabel, quien aunque preocupada por otros asuntos, como la unificación de la Península y la propagación del catolicismo, se mostró interesada desde el principio; aceptó recibir a Colón y se entrevistó con él.

El propio Medinacelli así lo consigna en una carta:

*"Como vi que era esta empresa para la Reina, nuestra Señora, escribilo a su alteza desde Rota, y respondiome que ge lo enviase; yo gelo envié entonces... Su Alteza lo recibió y lo dio en cargo a Alonso de Quintanilla..."*<sup>6</sup>

Colón tenía treinta y cuatro años en la primavera de 1486, cuando vio por primera vez a los Reyes Católicos. Luego de escucharlo, Isabel ordenó que se formara una comisión para estudiar la propuesta; tal cuestión no podía tratarse a la ligera, había muchas consideraciones que hacer. Era cosa corriente que los reyes designaran a sus consejeros para que estudiaran este tipo de asuntos, por lo que es injustificado que se atribuya a tal comisión la cualidad de táctica dilatoria y que se atribuya a Isabel desinterés en el proyecto de Colón. La comisión, como suele suceder incluso hoy día, se tardó varios años en estudiar la cuestión y finalmente, hacia 1490 emitió un dictamen, como también suele suceder, que no era ni favorable ni desfavorable al proyecto de navegar hacia el oeste.

Impaciente ante la espera, Colón decidió buscar de nuevo el apoyo en otras cortes. Acudió a Portugal y su solicitud ahí fue del todo infructuosa, pues aunque Juan II lo escuchaba, no resolvía nada. De 1485 a 1492, con la esperanza de encontrar mejor suerte, Cristóbal, ayudado por su hermano Bartolomé, recorrió la cortes europeas tratando de "vender" —como diríamos ahora— su idea que desde entonces se llamaba "la empresa de las Indias". No tuvo suerte. En Inglaterra, Enrique VII no mostró ningún interés en el proyecto de los Colón. Como en Portugal, en Francia, Carlos VIII le hizo concebir esperanzas. Repetidas veces, otra mujer, la hermana del Rey, aseguró sobradamente el interés que tenía el Rey en favorecer a los Colón, sobre todo a Bartolomé (quién, cómo se verá gozaba de cierto atractivo entre mujeres nobles) que decidió ganarse la vida como cartógrafo, mientras esperaba la respuesta del monarca francés.

---

6. Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, Fernández Editores, México, 1987, p. 184



Mientras tanto, Isabel proseguía, en su calidad de reina de Castilla y de principal consejera y administradora en jefe del ejército de Fernando, con las tareas de convertir a España en una gran nación unificada políticamente, con la religión y la lengua como sustratos de la identidad. Sin embargo, no perdía de vista la aventura que Colón le proponía. Y si acaso la perdiese, otra mujer, Beatriz Fernández de Bobadilla, la marquesa de Moya, le recordaba constantemente que había que dar crédito a las teorías del que se hacía pasar por genovés.

En efecto, los marqueses de Moya—Andrés Cabrera era el marido de Beatriz— se contaban ya entre los protectores de Colón, al igual que Quintanilla, el cardenal de España y Diego de Deza. No hay duda del interés de la marquesa en las cuestiones del paso a las Indias, ni del influjo de Beatriz sobre la Reina. Los de Moya eran de la Casa de Castilla. La cercanía entre las dos mujeres es también inobjetable. La marquesa de Moya habría de cerrarle los ojos a la Reina Católica en la hora de su muerte. La vida de las dos mujeres estaba entrañablemente unida por lazos de amistad. Una anécdota reveladora de la solidaridad entre mujeres, así lo confirma. En el Sitio de Málaga, un moro entró a la tienda real con intenciones de asesinar a la Reina de Castilla que tanto daño hacía a los hispano-musulmanes con su guerra de reconquista, e hirió a Beatriz, creyendo que asesinaba a Isabel. El atentado perpetrado en su contra unió entrañablemente a las dos mujeres, el destino quiso que también sus personalidades se unieran, aun sin saberlo ellas, compartiendo la gloria de la empresa americana.

En abril de 1491, Colón se entrevistó otra vez con los Reyes Católicos en Santa Fe, cerca del Sitio de Granada. La entrevista fue para Colón nuevamente una dilatoria. Algunos historiadores ven en este aplazamiento cierta resistencia, tácticas dilatorias que demuestran el poco empeño que Isabel pusiera en el viaje de Colón. Sin embargo, hay que comprender las circunstancias que obligaban a la Reina a tratar la cuestión con cuidado.

La empresa colombina, aunque muy atractiva, pues Colón la anunciaba como una lucrativa aventura comercial, requería de una suma considerable que una monarca no podía conceder así como así. Además, las arcas de la corona estaban casi vacías desde 1486. Dice Madariaga que para el invierno de ese año, "el tesoro estaba absolu-

tamente seco" y cita a Hernando del Pulgar, el cronista oficial: "todo lo que se cogía de la cruzada e subsidio de la clerecía ... se iba en cosas de la guerra". Fernando e Isabel gastaban en la lucha contra los moros todo lo que tenían.<sup>7</sup> No hay duda de que la expansión y el refuerzo de su religión eran la preocupación vital de Isabel.

Además, Colón, como empresario, exigía demasiado de sus patrocinadores en términos de reconocimiento y galardones cuando la empresa fuera un éxito. ¿Cómo iba su Majestad Católica a arriesgar tanto por un virtual desconocido, inexperto y con fama de judío por añadidura?

No todo estaba en contra del descubridor. Había una evidente aceptación de la Reina y contaba con el apoyo decidido de algunos favoritos. Nunca se sabrá de cierto porqué —pues no hay manera de conocer el pensamiento de la Reina, por aquello de la tradicional mordaza impuesta a la boca femenina— pero el caso es que en el último momento, cuando Colón había partido ya rumbo a Francia a reunirse con su hermano Bartolomé, resignado a vivir de cartógrafo, dando así la espalda a España como tierra del descubrimiento, Isabel dio la orden de que saliera al punto uno de sus mensajeros a detener a Colón a unos kilómetros ya de distancia de los aposentos reales, para comunicarle su decidido apoyo.

Cuando Colón encontró de nuevo a la Reina, descubrió en ella a la mujer segura y confiada, convencida de la bondad del proyecto, dispuesta incluso a empeñar las joyas reales con tal de sufragar la aventura de lo que más tarde se llamaría América. No hubo necesidad de que se hiciera tal cosa, pero el ofrecimiento isabelino revela la intensidad con la cual consideraba suya la "empresa de las Indias".

Boorstin, en su libro *Los Descubridores*, califica de "melodramática decisión de último momento"<sup>8</sup> esta transformación en la Reina. Más que la muestra de un carácter voluble y mercurial o de una trivial indecisión de mujer, acaso debamos ver en la súbita decisión de la Reina el reconocimiento de la grandeza del proyecto, la reafirmación del espíritu de aventura, la confianza en las amplias posibilidades del ser humano que trajo consigo el humanismo, tanto para los hombres como para las mujeres.

---

7. Madariaga, *Op. Cit.*, p. 185

8. Daniel J. Boorstin, *Los Descubridores*, Ed. Crítica, Barcelona, 1988 p. 229

Más que hablar del significado del humanismo para las mujeres –tema que también convendría recordar al hablar del 12 de octubre– me gustaría concluir mi explicación de la empresa americana como una empresa femenina con una referencia obligada sobre la participación de Fernando el Católico.

Mucho se ha dicho a últimas fechas que el apoyo más fuerte que recibió Colón de España le vino de la Casa de Aragón. Este supuesto se basa en que las capitulaciones de Santa Fe –de abril de 1492– las redactó y firmó Juan de Coloma, secretario de Aragón, y no algún personaje de la Casa de Castilla. La explicación de este hecho pudiera estar en la combinación que existía entre Isabel y Fernando para manejar los asuntos del reino.

Fernando e Isabel han pasado a la historia como forjadores del imperio español, pero también se han distinguido –y ello aparece en los inciertos anales femeninos– como modelo de pareja, casi ideal por lo bien avenida, tan bien avenida que se supone que pudieron trascender las luchas de poder que seguramente se dieron, no sólo entre un hombre y una mujer, sino también entre dos monarcas. En todo momento, por lo que se sabe, se dio la combinación favorable y el equilibrio de fuerzas que originó aquel concepto del nudo gordiano que acuñó el humanista Antonio de Nebrija para designar la relación: "Monta tanto, tanto monta Isabel como Fernando". Además, los Reyes Católicos unían de manera peculiar a los reinos de Aragón y de Castilla. Pese a estar compartido, el estado hispano "tenía una sola voz y una sola voluntad". Su fórmula era: "Como quiera sean, a Dios gracias, todos juntos los reinos de nuestra real Corona de Aragón, con estos nuestros reinos de Castilla y todos debajo de un señorío".<sup>9</sup>

En realidad sabemos que los dos reinos mantenían su organización política y administrativa particular y los organismos unitarios se limitaban a la monarquía –en tanto que unión personal o dinástica– y a la Inquisición. Las discordias ocasionadas porque Fernando se consideraba con suficientes derechos al trono de Castilla, ya habían sido resueltas con el arbitraje de Segovia de 1475. Además, Isabel fue nombrada "corregente" de Aragón, merced a un privilegio fernandino que le concedía "la corregencia, la gobernación y la administración general"

---

9. Ubieto, *Op. Cit.* p. 191

de la Corona Aragonesa. Ante tales circunstancias, carece de valor la reivindicación masculinista basada en que el secretario de la Corona de Aragón "redactara" las capitulaciones. Lo cierto es que las ordenó Isabel y con ellas posibilitó la llegada de Colón hasta América.

Nunca sabremos a ciencia cierta el pensamiento de Fernando, cuya personalidad inclinada al poder podría haber inspirado, al decir de algunos, la creación de *El Príncipe* de Maquiavelo. La ambición de dominar y la manera sin escrúpulos de conseguirlo y controlarlo todo, lo convirtió en arquetipo del hombre que ignora toda ética honorable ("El fin justifica los medios") para obtener lo que ambiciona. No es fácil, ya se dijo, reconstruir el interior de Isabel, pero lo que sí es definitivo es que podemos juzgarlos por sus acciones. Isabel convocó una comisión —algo que los otros monarcas a los que Colón acudió nunca hicieron— luego concedió a Colón un estipendio mensual para que viviera mientras aguardaba su respuesta; nobles de la Casa de Castilla: Santángel, y el marqués de Moya instaron a Isabel para que un alguacil suyo detuviera y regresara a Colón del camino de Francia.

Además, el reconocimiento de Colón fue para Isabel y así lo hizo patente en su *De insulis inventis*. Al regreso de su primer viaje, cerca de Las Azores, en febrero de 1493, Colón redactó una "carta" para Santángel. En esta especie de manifiesto, todo el reconocimiento de Colón va para Isabel, destinataria indirecta de la carta. Escrita en castellano, se imprimió en Barcelona en abril de 1493 y para fines de mes ya había alcanzado una importancia inusitada para la época. El folleto de ocho folios rápidamente fue traducido al latín con el título *De insulis inventis*. Pronto se publicó en Roma, en París, en Basilea. Traducida al toscano, en dos meses se convirtió en un poema de sesenta y ocho estrofas que ahora debe leerse como homenaje colombino a Isabel. De igual manera, en los escritos de Diego Colón, hijo del Descubridor, se hace hincapié en el apoyo de Isabel y, por oposición, en el desapego casi indiferente de Fernando.

Pero acaso otra clave se encuentre en la conducta tan divergente entre sí que mostraron los Reyes Católicos ante los pueblos descubiertos. Me refiero a la actitud que una y otro mostraron ante la conquista y la evangelización de América. Eso sí consta en documentos.

## 7 | Isabel, la evangelizadora de América

**P**or fortuna contamos con una muestra del pensamiento de Isabel. Un escrito suyo trasluce algo de la interioridad, de su expresión íntima. Los testamentos de las personas suelen revelar cosas más allá de la muerte. Es ahí donde quedan, a manera de recuento vital, las intenciones y las aspiraciones y valores de las y los individuos. La Reina de Castilla fue sumamente cuidadosa al redactar y revisar el suyo doce años después del Descubrimiento. Así debió ser puesto que se trataba del legado de un ser humano que regía el destino de millones de seres y que controlaba la vida de muchos pueblos. Consciente de sus deberes como reina, y preocupada por sus semejantes, al fin mujer, llenó varios pliegos con su última voluntad. Uno de ellos condensa su pensamiento en relación con los habitantes de las tierras recién descubiertas: el codicilo acerca del trato que debería darse a los indios, es decir a los amerindios. El significado que tuvo para ella ese codicilo queda de manifiesto si recordamos que lo redactó tres días antes de su muerte, e indicó que se anexara al documento que antes había considerado concluido. Acaso luego de expresar esta última voluntad creyó que ahora sí, todo lo dejaba en orden y podía morir en paz.

Y es que la llegada de Colón al territorio que él consideraba que era la India, planteó el problema de la naturaleza de los pobladores de las tierras recién alcanzadas. Para evitar disputas estériles entre España y Portugal, las Bulas Papales, expedidas al regreso del primer viaje de Colón, otorgaban a la Corona Española poder sobre las tierras descubiertas; tal poder consistía en la posibilidad de reclamar los nuevos territorios y en la evangelización de sus habitantes.

Con el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494, se afirmó el derecho español a toda la tierra —recordemos que ellos no imaginaban siquiera que se tratase de un nuevo continente— desde lo que se llamaría después El Golfo de México hasta el Cabo de Hornos con excepción de Brasil. En efecto, Su Majestad Católica ocupó algún tiempo en decidir cómo deberían ser considerados, y por ende tratados, "los indios", algo que no había imaginado siquiera cuando recibió con beneplácito noticias de lo que parecía una empresa meramente comercial.

Al regreso de su viaje, Colón trajo consigo a una serie de indios a quienes daba tratamiento de esclavos. Por las anotaciones en su *Diario de viaje*, se infiere que al descubrir la tierra también descubrió la riqueza y las posibilidades de ganancia personal que le aguardaban. El 17 de octubre de 1492 anotó: "crean vuestras altezas que es esta tierra la mejor e más fértil y temperada, y llana, y buena que hay en el mundo". Y más adelante escribió. "Es cierto Señores Príncipeš, que donde hay tales tierras, que debe haber infinitas cosas de provecho". (Madariaga, 1987, pp. 271-272)

El espíritu de codicia lo había invadido por completo y lo impulsó a buscar oro casi instantáneamente. Ese espíritu también queda de manifiesto cuando ve por primera vez a los habitantes de la Tierra "llana y buena". En esa ocasión apunta: "Ellos deben ser buenos servidores". Tras el primer contacto, Colón adjudicó a los amerindios condición de esclavos, idea muy acorde con toda la concepción utilitaria que él impuso a su hazaña.

Desde un principio, Isabel confirmó públicamente que "los indios eran vasallos directos de la Corona de Castilla".<sup>10</sup> Desde que viera por primera vez, en abril de 1493, a aquellos seis jóvenes "cubiertos apenas con taparrabos y con los rostros pintados", tuvo la certeza de que debían ser tratados igual que los españoles. La única diferencia entre peninsulares e indígenas para ella era que estos últimos no estaban evangelizados. Eran su pueblo, solamente había que evangelizarlos. Por lo demás, estaba convencida de que compartía con ellos la misma humanidad.

---

10. Peggy K. Liss, *Orígenes de la nacionalidad mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 45

Esta declaración de Isabel, como tantas otras acciones suyas confirma en todo su naturaleza humanista. Como mujer, es la evidencia de la realización de aquel pensamiento de origen italiano, del siglo XIV, que consideraba que el ser humano era la medida de todas las cosas, de aquella *humanitas* que reconocía que al hombre y a la mujer le era dado tenerlo todo, aspirar a todo, desearlo todo: gloria, sabiduría, fama, fortuna, independencia espiritual y cultural, desarrollo de la personalidad, etcétera. En otra oportunidad hablaremos más ampliamente del valor, la *dignitas* que el humanismo concedió a la mujer. Baste aquí con citar al autor contemporáneo Von Martin, que en su *Sociología del Renacimiento*, nos habla del surgimiento "de un estilo elevado en la vida y en el arte", a cuyo desarrollo "contribuye muy principalmente junto al príncipe, la princesa, junto al hombre, la mujer".<sup>11</sup>

No debe una extrañarse, pues, de que Isabel la Católica considerara a los "indios" semejantes a los castellanos. En la década que siguió al descubrimiento, en los primeros años de conquista y colonización que fueron su consecuencia (el primer gobernador de Ultramar, Ovando, llegó también como primer colonizador a Las Antillas en 1502), aquella Reina procuró siempre que se tratara a los indios como a seres humanos. ¿Qué pasó con aquella semejanza?

En 1495, un año después de que ella reconociera a los nativos como súbditos, los juristas reales dictaminaron que los "indios tomados en Guerra justa" podían ser vendidos, lo cual legitimó la corriente opuesta a la isabelina. Ello desató la violencia brutal de la conquista: dio pie a que los que antes habían sido vasallos se convirtieran en esclavos virtuales; y a que durante los tres siglos de la Colonia los amerindios sufrieran acoso, exterminio y calamidades sin número. Y, por supuesto, a que aún hoy día las indígenas sigan siendo esclavas virtuales.

Al regreso del segundo viaje de Colón (1496), Isabel "rechaza con toda energía que se convierta a los indios en esclavos".<sup>12</sup> Una cédula real suya, con fecha 20 de junio de 1500, manda poner en libertad a

11. Alfred Von Martín, *Sociología del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 105

12. Fernando Vizcaíno Casas, *Isabel, camisa vieja*, Edit. Planeta, mexicana, México, 1989, p. 140

todos los indios que habían sido vendidos como esclavos en la Península. Ordena igualmente que sean devueltos a su tierra sin tardanza. Empero, como suele suceder entre los hombres-lobos-de-hombres, el destino de esta cédula fue el de tantas otras, acuñado por la frase proverbial de tiempos de la Colonia: "Se acata, pero no se cumple". La historia hubiera sido otra si hubiera perdurado la propuesta isabelina.

Isabel, ante esa circunstancia y puesto que sus nuevos súbditos solamente requerían del bautizo, opta por ocuparse personalmente de elegir a los hombres que deben ir como misioneros. Vigila cuidadosamente la selección, toda vez que las reformas que ella había ordenado e impulsado dotaban a las órdenes monacales de la pureza de conciencia y acción que convenía al estado clerical. Como el apostolado debía ser íntegro, una y otra vez repite que los bautizos de América no deben ser apresurados nunca, que antes bien deben ser proclamadas las bienaventuranzas. Incluso el padre Las Casas, uno de los críticos más acérrimos de la participación española en la conquista y evangelización de América, reconoce que la Reina "no cesaba de encargarse que se trate a indios con dulzura y se emplearan todos los medios para hacerlos felices". (Vizcaíno, 1989, p. 143).

El respeto de Isabel por los indígenas no se reducía solamente a su integridad espiritual. Envió como gobernador a Ovando con instrucciones que aseguraran una existencia digna para sus nuevos vasallos. Como para ella eran hombres y mujeres libres, súbditos naturales de la Corona de Castilla, Isabel fue precisando los derechos elementales. Dispuso la formación de poblados indios con gobiernos propios, iglesias, escuelas. Vale la pena recordar que esos derechos incluían los beneficios de los hospitales que debían ser comunes a indios y españoles.

Igual empeño mostró en que los convertidos celebraran matrimonios canónicos. Su actitud abierta y maternal hacia los naturales, la dispuso indiscutiblemente en favor de la mezcla de sangres. Un año después de su muerte, la Corona legisló en pro de los matrimonios de españoles con indias. Con seguridad que la sensibilidad isabelina, en una cuestión cultural tan delicada como la integración con "las otras",



ideó esa legitimación que se envió, por Cédula Real, fechada en Salamanca el 15 de noviembre de 1505, al Comendador Ovando.<sup>13</sup>

Algo que la Reina no previó ni dispuso fue el horror de la Conquista. Pronto hubo quienes concibieron ventajosamente la llegada europea a América, como una cruzada mercenaria, "una guerra justa", puesto que se trataba de "infieles" –ricos en oro, por añadidura–. El vencedor disponía de los bienes y de las personas que se resistieran a adoptar la nueva fe y por ende a entregar el tesoro. La consecuencia de la interpretación que el conquistador dio a la circunstancia de "guerra justa" fue el despiadado maltrato a los nativos. Esa guerra desembocó en el inicuo "requerimiento", fechado en 1514, por el cual quedó legalizado el saqueo de América, el repartimiento de tierras y de indios en beneficio de los invasores.

A instancias de Isabel, el Patronato Real sobre las Indias, que el Papado había establecido en favor de España, otorgaba a la Corona autoridad religiosa absoluta sobre la América hispana. Desafortunadamente, lo que se iniciara como una tarea evangelizadora, en pocos años fue convertido en un mercado de esclavos.

Isabel debe haberlo sufrido así. También debe haber comprendido que el carácter de Fernando se ajustaba más a una empresa mercantilista que a una humanista. Por ello, en su testamento, en el codicilo aquel, sentencia, más que hereda:

*"Suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente, e encargo y mando a la dicha princesa mi hija, y al dicho príncipe su marido, que [...] non consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes; mas mando que sean bien y justamente tratados. Y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean".*<sup>14</sup>

---

13. C.F. Nancy O'Sullivan Bears, *Las mujeres de los conquistadores, la mujer española en los comienzos de la colonización americana*, Cia. Bibliográfica española, Madrid, s/f, p. 38. Consúltese con reservas pues es un libro imbuido de eurocentrismo y una visión exclusivamente peninsular.

14. Testamento de Isabel la Católica, Repr. en Madariaga, *Op. Cit.*, p. 420

En cuanto a la masacre y trato inhumano que los españoles dieron a los nativos de América, si de algo debe acusarse a Isabel es de ingenua e inexperta. ¿Podía pedírsele más humanismo a una mujer, a una reina —de las pocas que ha habido en el mundo— que se enfrentaba por primera vez en la historia moderna a un mundo nuevo? ¿Puede pedírsele cuentas de la conducta de los hombres a la mujer que se enfrenta sola a una sociedad patriarcal?

Luego de su muerte, el 25 de noviembre de 1504, a pesar de que el mismo Fernando le reiteró su intención de cumplir con esta última voluntad, la adversidad se entronizó entre los que habrían de llamarse americanos. Como todos sabemos, las circunstancias cambiaron y los indios, en cuestión de meses, pasaron a ser de vasallos de Castilla a mercancía humana, sujetos a explotación sin piedad.

En febrero de 1512, Fernando escribe a Diego Colón en tono de reprimenda, reconviéndolo por los excesos colombinos, y reitera enfáticamente el pensamiento de Isabel: "Agora que, gracias a Nuestro Señor, las cosas desas partes las entiendo yo como las de Castilla [...] los vecinos y naturales desaysla deben estar como vasallos y no como esclavos, según los tuvieron en tiempos pasados".<sup>15</sup>

Sin embargo, tiempo atrás, Fernando había instituido en Sevilla la tenebrosa Casa de Contratación, una especie de servicio de inteligencia y secretaría de comercio, una sólida institución de control sobre "vidas y haciendas", que habría de caracterizar la organización política y comercial de la Colonia, en términos antagónicos a la política evangelizadora concebida por Isabel, y, a decir verdad, antagónicos a todo ser humano.

Y también, después de la muerte de Isabel, permitió que los indios se entregaran en repartimientos entre los encomenderos,<sup>16</sup> con ello inauguró la tenebrosa encomienda, la mayor aniquiladora de indios, que arrasó por siglos las poblaciones americanas. Una de las instituciones más vergonzosas en la historia de las relaciones humanas y laborales, en contra de los indios, fue idea suya. Precisamente la ominosa presencia de esa institución y su secuela empañan la imagen festiva que debiera tener toda conmemo-

---

15. *Loc. Cit.*

16. Peggy K. Liss, *Op. Cit.* p. 45 ss

ración. Por lo menos deberían transcurrir otros quinientos años de pedir perdón para lavar esa presencia en el mundo americano.

Para Isabel, la empresa de Colón implicaba la responsabilidad de convertir al catolicismo a todos sus súbditos; para Fernando, como señala Peggy Liss en *Orígenes de la nacionalidad mexicana*, "su política hacia América fue la de enriquecerse él y su gente".<sup>17</sup>

Por su parte, Colón y sus demás familiares, llegada la hora de gobernar las nuevas tierras, probaron ser los tiranos duros y violentos que se ganaron la enemistad incluso de los españoles que los acompañaban. El abuso de la fuerza, la violencia personal ejercida contra los demás, y sobre todo contra los nativos a quienes ellos consideraban menos que esclavos, subhumanos, le valió a Colón perderlo todo y acabar sus días sin la gloria que tanto había anhelado.

Colón, a diferencia de Isabel, nunca reconoció la humanidad de los nativos. Por eso digo yo que el Descubrimiento de América es en esencia una empresa femenina, desvirtuada por la intervención masculina. Tal vez merced a una "justicia poética", Colón lo perdió todo, ni siquiera le cupo el honor de conferirle nombre a su descubrimiento, murió en la ignorancia de lo que había realizado, pero cupo a otros trascender. Isabel trascendió en los siglos de defensa de los indios, en los Motolinías y los De las Casas. Esa defensa aún persiste en nuestros días.

En la época contemporánea, los individuos nos identificamos con aquella o aquel que reconoce el valor universal, igualitario del hombre y de la mujer, con el que defiende más allá de la muerte la igualdad del ser humano, sin distinción de clase, de raza ni de sexo. Vaya esta conmemoración del Quinto Centenario en honor a una mujer que de haber sido escuchada hubiera podido cambiar la historia. Nuestra celebración del Descubrimiento de América sería cabalmente el festejo del encuentro de dos culturas, si se hubiera cumplido la última voluntad de Isabel la Católica.

---

17. *Ibid.*

## 8 | Visión de las vencidas

U

na de las aportaciones prácticas de la categoría antropológica de género-sexo es, sin duda, haber proporcionado la fundamentación epistemológica para validar la actual reescritura de la literatura, de la historia, de las humanidades en general, con una perspectiva femenina (de las mujeres) y feminista (desafiante a la sumisión de la mujer). En otras palabras, el concepto de "género-sexo" explica la dominación masculina sobre las mujeres como el resultado de las relaciones sociales entre los individuos; no como producto de las esencias masculina y femenina, ni de la maldad de los hombres o la bondad de las mujeres, sino como fruto de la cultura. Tal categoría ha sido aceptada en los ámbitos académicos y avala la calidad científica de los estudios acerca de la opresión femenina.

Para quienes analizamos la vida, natura o cultura, en beneficio de la perspectiva de las mujeres –o sea, con el criterio de acabar con la opresión– tal concepto ha conseguido que dejáramos de portar todos aquellos epítetos peyorativos que reproducían la secular marginación, desde *mujeróloga insatisfecha*, hasta *comehombres* o *Mad Woman outside the Attic*.

Además, los estudios de género nos han enseñado que así como no existe la mujer, sino las mujeres; ni tampoco un patriarcado, sino patriarcados o diferentes sistemas de dominación masculina; igualmente se dan diversas formas de feminismo y de liberación de la mujer. Así, quien pretende revisar la historia, debe considerar antes que la periodización del pasado es diferente para los hombres que para las mujeres. Como bien señala Carmen Ramos Escandón, algunos acontecimientos que resultan relevantes para los hombres, no lo son para las mujeres, y viceversa: "Habría que preguntarse qué significó la Con-

quista para la situación de las mujeres. ¿Cómo se modificaron las relaciones entre hombres y mujeres con ese proceso?... la presencia del hombre blanco alteró la relación entre hombres y mujeres indígenas y, más adelante, por la presencia de los y las indígenas se alteraron también las relaciones de género entre mujeres y hombres blancos en los territorios americanos".<sup>18</sup>

En aquella circunstancia histórica, las mujeres jugaron un papel muy importante, aunque poco reconocido. En ocasiones, ese papel fue decisivo y la mayoría de las veces fue desventajoso para ellas en su calidad de seres humanos. A esta desventaja contribuyó de manera general la violencia que implica un hecho de guerra, de confrontación en la que los vencidos llevan la peor parte. Pero además, en el caso de las mujeres, la desventaja se vio acrecentada con la adversidad subrayada por la desvalorización que sufre la mujer en toda sociedad patriarcal.

Las sociedades mesoamericanas, como la mayoría de las sociedades de entonces y de ahora, eran profundamente patriarcales y patri-locales. En las relaciones sociales, familiares, políticas y culturales, el hombre, mediante la fuerza, la costumbre o cualquier otro agente de poder, determinaba el papel que la mujer debía desempeñar. Pese a que el sometimiento femenino estaba subrayado o atenuado por cuestiones de clase o de linaje, una constante del papel genérico era el predominio de lo masculino ante lo femenino, la sujeción, sutil o abierta, al varón.

No obstante, al revisar la participación de las mesoamericanas en la llamada Conquista, sorprende la variedad en la gama de esta participación. Tal variedad es digna de recordarse porque acaso revele algo de la complejidad de lo femenino y es, en todo caso, constancia de la resistencia de las amerindias. Desde las lágrimas por el advenimiento del final de su universo, hasta la defensa de los hijos y de la cultura que debían transmitir, las nativas de América se manifestaron en los hechos de la resistencia. Igualmente se manifestaron en otros procesos promovidos por los españoles, en la evangelización y la colonización, por ejemplo.

Hablar de los beneficios de conocer esas manifestaciones conlleva el eco de la declaración de Miguel León-Portilla: "el estudio cons-

---

18. Carmen Ramos Escandón, *Género e Historia*, UAM-Instituto Mora, México, 1992, pp.14 ss

ciente de ese hecho imposible de suprimir [la Conquista] será labor de catarsis y enraizamiento del propio ser".<sup>19</sup>

Pese al transcurso de medio milenio, nuestra cultura todavía vive aquella circunstancia como traumática. Para las mujeres en particular presenta una oportunidad para poblar una memoria vacía con significados valiosos. Contribuiría a reescribir nuestro pasado con la óptica femenina, con el protagonismo de las mujeres, tan escaso en la historia tradicional. La necesidad de "sacar los fantasmas del clóset, ya que no resisten la luz", como señalara hace tiempo Samuel Ramos, fue evidente en la conmemoración tan controvertida y casi frustrada del Quinto Centenario.

Por otro lado, de las acciones y actitudes de aquellas mujeres poco podemos saber. De sobra es conocido que los vencedores se esforzaron en destruir la expresión de los derrotados y las derrotadas. Ocioso sería repetir que la mordaza impuesta por siglos a la boca femenina impidió o hizo desaparecer las manifestaciones directas de las mujeres, gracias a las cuales podríamos recordar hoy, con mayor confianza, lo que les aconteció en los lustros que siguieron a 1492.

Con todo, una manera de acercarse a lo que vivieron las protagonistas del "trauma de la conquista" (el concepto es de Ángel María Garibay), es la relectura de las crónicas de la época. Nos han quedado testimonios, aislados y muy someros, en los relatos que forman los documentos rescatados por Miguel León-Portilla bajo el concepto histórico-literario de "*Visión de los vencidos*".<sup>20</sup> Hace falta decir que el nombre es incompleto, que designa con parcialidad solamente media visión de los pueblos vencidos, que en rigor debía llamarse "Visión de los y de las vencidas", puesto que ahí también se encuentra el testimonio, aunque en bocas masculinas, de la otra mitad de la población a la cual sometieron los conquistadores. A falta de testimonios directos y mayores fuentes, la crítica feminista puede recurrir a las masculinas, que son las únicas que están a la mano.

---

19. Miguel León-Portilla, *El reverso de la Conquista, relaciones aztecas, mayas e incas*, Ed. Joaquín Mortíz, México, (1a. Ed. 1961), 1983, p.8

20. Este concepto está expuesto por Miguel León-Portilla en dos libros *Visión de los vencidos, relaciones indígenas de la Conquista*, UNAM, México, (1a. Ed. 1959), 1969; y *El reverso de la Conquista q. vid.* En lo sucesivo serán citados como *Visión y Reverso*, respectivamente.

La lectura selectiva de *Visión de los vencidos* y de *El reverso de la Conquista* y de dos o tres volúmenes más proporciona, no obstante, testimonios diversos; un material jugoso, poco difundido, pero muy sugerente de las reacciones y acciones de las mujeres aztecas, mayas e incas en los inicios de la conquista y la evangelización. No ha sido fácil deslindar las menciones femeninas, inmersas como están en un mundo enteramente masculino, que además fue sistemáticamente perseguido y silenciado. Esta dificultad muestra que la sociedad es un engranaje muy complejo, que la parcialidad estriba en que la actividad genérica asignada al hombre los volvió más visibles a la voz histórica, mientras que las mujeres eran –y siguen siendo– invisibles. Algo subsiste en la escasa memoria conservada de las indígenas de América ante la conquista y la evangelización emprendida por los españoles hace quinientos años. Vale la pena difundirlo.

## 9 | Las lágrimas de la conquista

**U**na década antes de la llegada de los españoles a Veracruz, el mundo azteca comienza a estremecerse ante los signos del advenimiento de una catástrofe; hechos naturales y sobrenaturales anunciaron al pueblo de Moctezuma que el cataclismo estaba por suceder. Entre los llamados "presagios funestos" ocupa un lugar preponderante la expresión de una mujer que vagaba por las noches, dando gritos y llorando por el futuro amenazado de sus "hijitos". Según algunos testigos oculares –los informantes de Sahagún– esta maternidad gimiente, a veces decía "¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos" o bien "¡Hijitos míos! ¿a dónde os llevaré?". (*Reverso*, p. 31).

La deidad femenina de Cihuacóatl ha sido identificada como prototipo de esta madre mexicana, que la tradición convirtió, con el transcurso del tiempo, en La Llorona, ente sobrenatural cuya ubicuidad le permite aparecer todavía en diversas regiones de la República mexicana. La Cihuacóatl que anunciaba el fin del Imperio azteca ha sido transmitida con reverberaciones en nuestra cultura desde entonces, y es una presencia todavía constantemente perturbadora. La diosa se transformó en mujer que, siempre de noche, llora por sus hijos. Asesinada ella o inculpada injustamente, extraviados o huérfanos sus hijos, la Llorona es un estereotipo del comportamiento y las actitudes lastimosas de las mexicanas de entonces y de ahora. Siendo un mito, por extensión conlleva enseñanzas y advertencias acerca de las actitudes transgresoras de las mujeres; enseñanzas y advertencias que todavía en el presente se engarzan en la identidad nacional.

Las lágrimas de una mujer pusieron sobre aviso a Moctezuma de lo que se avecinaba. Con el sobresalto y el pavor que los "presagios fu-



nestos" despertaron, Moctezuma llama a su presencia a un grupo de magos y hechiceros –los llamados "nigrománticos"– de varios pueblos, a fin de que le informen de algún cambio, algún suceso que pudiera relacionarse con los presagios y que fuera la explicación de los mismos. Tras preguntarles si saben algo de las advertencias, si han visto algunos signos extraños, Moctezuma inquiere directamente por la que despertara tal pavor, desea saber si se han percatado de "algunas voces como de mujer dolorida". Ante el mutismo de los encantadores, Moctezuma insiste preguntando... "si vendrá enfermedad...o guerra contra los mexicanos... o si han oído llorar a Cihuacóatl tan nombrada en el mundo, que cuando ha de suceder algo, lo interpreta ella primero, aun mucho antes de que suceda"... (*Visión*, pp. 13-14).

Las aztecas también compartieron lo que la cultura mexicana reconoce como "El miedo o la angustia de Moctezuma" y que designa el deplorable estado psicológico y de ánimo del monarca y del "Pueblo del Sol". Esa psicología facilitó la conquista, y la angustia explica –aunque no justifique– la asombrosa facilidad con que Cortés sometió al aguerrido Imperio que antes se preciaba de haber sometido a tantos otros. En ese periodo, que sigue a los funestos presagios y al regreso de los emisarios de Moctezuma:

*"todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había temor. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido... las madres de familia dicen: –¡Hijitos míos! ¡Cómo podréis vosotros ver con asombro lo que va a venir sobre vosotros! "*  
(*Reverso*, p. 35).

De la angustia y sufrimiento de las mujeres durante la lucha armada también hay otras constancias. El texto anónimo de Tlatelolco refiere cómo el capitán Castañeda habló a los tlatelolcas exhortándolos a abandonar a su suerte a los tenochcas que se habían refugiado en Tlatelolco durante el sitio a México-Tenochtitlán. Castañeda alude, entre otros argumentos, al padecimiento de las aztecas, esperando enternecer a tenochcas y tlatelolcas para lograr la rendición: "¿Qué piensan los mexicanos?...¿Qué no tienen compasión de los niñitos, de las mujeres?". (*Visión*, p. 151).

Los conquistadores insisten nuevamente al tratar de ablandar y conmover a los sitiados, para obtener así la rendición. Por boca del magistrado Xóchitl de Acolnahuácatl, le envían un mensaje a Cuauhtémoc, instándolo a rendirse pues ya todo está perdido: "¿No tienen compasión de los pobres, de los niñitos, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí!". (*Reverso*, p. 56, *Visión*, p. 156). Algo debe haber contribuido el sufrimiento de las mujeres puesto que, con gran honra y dignidad, Cuauhtémoc finalmente aceptó la rendición: se entregó él mismo en prenda para garantizar la existencia de su pueblo. Acaso con ello trataba de defender a los sectores más débiles de la población, a las mujeres y a "las viejitas", del sufrimiento a que las condenaría el exterminio.

Las lágrimas de las aztecas también figuran durante la catástrofe consumada. El día de la toma de México-Tenochtitlán, los informantes de Sahagún, en el *Códice Florentino*, lo registran como el "de las mayores crueldades que sobre los desventurados mexicanos se ha hecho en esta tierra. Era tanto el llanto de las mujeres y niños que quebraban los corazones de los hombres".

Y no se trata de una mención ocasional o puramente retórica, pues la conmiseración se convierte en acciones específicas. Los principales de los vencedores se conmueven e impiden que los invasores desplieguen mayor saña y frenan incluso a los antiguos tributarios de los vencidos: "Ixtlixúchitl [príncipe tezcocano que reticentemente se había incorporado al lado invasor] y los suyos, al fin como erañ de su patria, y muchos de sus deudos se compadecían de ellos y estorbaban a los demás que tratasen a las mujeres y niños con tanta crueldad, que lo mismo hacía Cortés con sus españoles". (*Visión*, p. 133).

De las vejaciones a las derrotadas también hay constancia. Con tintes dramáticos se pinta la salida de las sitiadas, forzadas a abandonar su ciudad. Ya prisionero Cuauhtémoc, "fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iba con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de las caderas casi desnudas".

A la incertidumbre de la ciudad tomada, debe agregarse la afrenta que desencadena la codiciosa búsqueda de oro:

*"y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos".*

No sólo deben perder sus doradas posesiones, también sucumbe la integridad física con ese manoseo que tanto tiene de violación sexual.

La destrucción de los atuendos de vencidos y vencidas refleja tanto el derrumbe del grupo como la humillación íntima:

*"El que era gran capitán, el que era gran varón sólo por allá va saliendo, no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas". (Visión, p. 158).*

También en la posterior conquista del Incario hay constancia del sufrimiento de mujeres. Testimonios de la época consignan en crónicas y cantares el llanto de la Reina, de la "Señora Coya". Cuando Francisco Pizarro y Diego de Almagro apresan a Atahualpa Inca, el monarca –cuya actuación, dicho sea de paso, guarda mucha semejanza con la de Moctezuma– "como se vio en tan mal tratamiento y daño y robo, tuvo muy grande pena y tristeza en su corazón y lloró y no comió. Como vio llorar a la señora Coya, lloró y de su parte hubo grandes llantos en la ciudad de los indios". (*Reverso*, p. 146).

Fuente de angustia y sufrimiento entre las quechuas es la persecución encarnizada que se desató a la caída del Imperio Inca, a la muerte de Atahualpa. El encono del invasor se destaca en aquello que tanto destruye a las mujeres, y que las sigue destruyendo quinientos años después, las violaciones: "como después de haber conquistado y de haber robado comenzaron [los españoles] a quitar las mujeres y doncellas y desvirgar por fuerza, y no queriendo les mataban como a perros y castigaban". (*Reverso*, p. 151).

En la crónica de Guamán Poma de Ayala, texto que simbólicamente entremezcla el quechua con el castellano, se relata la conquista que se realizó por medio de la angustia, del amedrentamiento, de la hostilización. En los años que siguieron a la muerte de Atahualpa –la resistencia de los quechuas duró cuatro décadas– "dicen que un español, con la codicia de oro y plata mandóse llevarse en unas andas y ponerse orejas postizas y traje del Inca. Entraba a cada pueblo pidiendo oro y plata. Como veían Inca barbado se espantaban y más se echaban a huir los indios, mucho más las mujeres de este reino". (*Reverso*, p. 152).

En el temor de los y de las amerindias se encontraba el arma para consumir la dominación. Sembrado el pánico, la estabilidad de las

conquistadas se tambalea puesto que la propia cultura se desintegra; el pavor ante lo insólito y la violencia de la otra cultura las dejan indefensas, las hacen huir; huida que es aprovechada para consumir la Conquista, como dice Guamán Poma: "sin armas, ni derramamiento de sangre, ni trabajo". (*Reverso*, p. 151).

De tal manera, la psicología femenina fue terreno indefenso ante la dominación virulenta. Nada más opuesto al ánimo y a la cultura femeninas de entonces que el exterminio, la violación, la violencia injustificada. Las amerindias presentaron –y siguen presentando– una resistencia perseverante ante el embate; y rescatan lo suyo de lo poco que les ha quedado.

Aquellos preocupados por renombrar, a quinientos años de distancia, los términos de la Conquista, deben tener presentes las declaraciones de otra mujer, otra indígena cuya existencia reivindica a los y las americanas, aquellas que fueron muertas "como a perros". Interrogada acerca del nombre de los acontecimientos posteriores al 12 de octubre, responde Domitila Chungara:

*"Pienso que no fue un encuentro de dos mundos... sino una invasión descarada que saqueó nuestras riquezas, no respetó la religión; esclavizó y ultrajó a nuestros pueblos... Tampoco fue una conquista total, porque en realidad nuestro pueblo ha estado siempre resistiendo, para conservar su lengua, sus costumbres, sus valores culturales".*

Y agrega con serenidad:

*"Pero el nombre es lo de menos. Lo importante para mí es que estamos los pueblos que hemos sido los dueños de estos territorios, están los mestizos... Para nosotros no ha llegado la liberación".* <sup>21</sup>

---

21. Domitila Chungara, "Los dueños de esta tierra", entrevista en *Nuestra América frente al V Centenario, emancipación e identidad de América latina (1492-1992)*, de Mario Benedetti et al., Joaquín Mortiz/Planeta, México, 1989, pp. 218 ss

**L**as mujeres no sólo supieron llorar, angustiarse y huir. También hubo quienes demostraron fuerza y determinación –tradicionalmente atribuidas a los hombres– en la defensa de valores, posesiones y creencias. A partir de lo superficial de los testimonios documentados, podemos imaginar que muchas más demostraron entereza de espíritu al participar activamente en los enfrentamientos. Emprendieron la defensa de la cultura con la vida, con acciones directas, dramáticas y drásticas.

Atrapadas en el vértigo de los acontecimientos, además de sufrir vejaciones y penas atroces, las amerindias demostraron valor y arrojo al oponerse al invasor de muchas maneras. Destaca la decisión mostrada por una mujer anónima en la derrota que los invasores sufrieron de manos de los aztecas, durante la llamada Noche Triste, que –sugieren algunos y algunas– debería ser rebautizada como la Noche Victoriosa.

Cortés, para evadir la justa indignación de los aztecas a quienes Pedro de Alvarado atacó arteramente durante la gran fiesta de Tóxcatl, decide escapar de la ciudad que les había dado hospitalidad. Los españoles huyen en busca de sus aliados, los tlaxcaltecas, en la noche del 30 de junio de 1520, por el rumbo de la calzada de Tacuba. Logran cruzar sigilosamente algunos puentes, pero al llegar al cuarto:

*"Una mujer que sacaba agua los vio y al momento alzó el grito y dijo:*

*—¡Mexicanos...! ¡Andad hacia acá! ¡Ya se van, ya van traspassando los canales vuestros enemigo!... ¡Se van a escondidas!". (Visión, p. 92).*

La resolución mostrada por esta mujer –al parecer una anciana– que dio la voz de alarma, de hecho resulta una intervención trascendental puesto que retrasa por más de un año el ataque español. En efecto, el golpe asestado a las huestes invasoras es tal que obliga al Capitán General a dedicar mucho tiempo en la preparación del ataque a México-Tenochtitlán. No es sino hasta el 30 de mayo del año siguiente que puede iniciar formalmente el asedio a la gran capital.

Otro ejemplo de arengas femeninas que tanto deben haber contribuido a levantar el ánimo de los vencidos y que son evidencia de la fortaleza de algunas mujeres en adversas circunstancias, lo constituye la serie de recriminaciones hechas a los tenochcas, por sus mujeres y por las tlatelolcas. Comenzado el sitio, los tenochcas –entre ellos Cuauh-témoc y otros jefes principales– se refugian en Tlatelolco. Con el espíritu decaído, contagiados de la parálisis de Moctezuma, los tenochcas se dejan abatir y la confusión los domina. Entonces, las mujeres tlatelolcas, seguidas por las tenochcas, los desafían a portarse virilmente, a realizar "acciones de varón". En seguida, con peculiar singularidad amenazan con blandir aquella arma femenina que Lisístrata, mujer de otra tradición cultural, la grecolatina, desplegó ante sus compatriotas; así pensaban sustentar el ímpetu guerrero de los mesoamericanos, ante lo que socavaba su existencia.

Para sacudir la confusión de los guerreros, se sirven de una de las fuentes de poder femenino que la sociedad patriarcal reconoce tradicionalmente: la sexualidad. Se verá que en diversas circunstancias, la sexualidad ha sido utilizada como arma de sometimiento y a la vez, de resistencia. Las tenochcas provocan a sus hombres, los amenazan con reducirlos a la abstinencia, con suspender el ritual del coqueteo que, según costumbres prehispánicas y actuales, favorece las relaciones sexuales. Sabedoras de la potencia de tal arma,<sup>22</sup> les advierten que los ignorarán a menos que entren en acción. La relación adquiere tintes

---

22. Entre los aztecas, el gozo sexual tenía gran importancia, cito uno de los consejos de un padre a su hija: "*para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos... y finalmente el acto sexual*". Texto de los Informantes de Sahagún, cit. por Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, (1a. Ed. 1961), 1985, p. 151

dramáticos, pero a la vez reveladores de la voluntad defensiva, como consta en el texto anónimo de Tlatelolco, fechado hacia 1528:

*"sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:*

*—¿No más estáis allí parados?... ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros!". (Visión, p. 149).*

Otra versión, menos poética, confirma el chantaje que encubre un desafío:

*"¡Sencillamente se quedan ustedes ahí acostados! ¡No tienen vergüenza! ¡Por lo tanto ninguna mujer los acompañará ya vestida a la antigua usanza!".<sup>23</sup>*

Para subrayar lo dramático de la situación y la necesidad de que sus aturridos hombres entren en acción, las tenochcas echan mano del recurso de las lágrimas, tradicionalmente femeninas. Algo que sí les permitía su papel genérico era mostrarse lastimeramente, poner a sus hombres en evidencia, toda vez que no son capaces ya ni de mantener a las mujeres: "y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco". (*Visión*, p. 149).

Para los tenochcas, la manutención masculina de las mujeres, sobre todo de las de noble origen, era motivo de orgullo; el papel masculino le concedía un lugar privilegiado. El chantaje debe haber funcionado puesto que los tenochcas se lanzaron a una contraofensiva larga.

En la sociedad azteca, el noble podía tener, además de la esposa legítima, tantas mujeres como quisiera siempre que las pudiera mantener (aunque algunas concubinas contribuían, con su fuerza de trabajo, a sostener el Patio, célula de organización familiar prehispánica). Entre los macehualtin, la poliginia no se acostumbraba, pero tampoco era castigada. Era motivo de honra para los varones ser abundantes proveedores en todas sus casas.<sup>24</sup>

---

23. Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la Conquista*, Grijalbo, México, 1990, p. 194. Nótese el cambio en el tono literario entre las traducciones de Todorov y las de León-Portilla, estas últimas son más poéticas.

24. Cf. María de Jesús Rodríguez, "La mujer y la familia en la sociedad mexicana", en *Presencia y transparencia: la mujer en la Historia de México*, El Colegio de México, México, 1987, p. 22 ss

El contraste con la situación del presente es inevitable. Tal rasgo cultural lamentablemente debe haber desaparecido con la Conquista. Si bien es cierto que la influencia europea sustituyó algunas prácticas rituales indeseables, también lo es que condenó a la desaparición, costumbres y valores que beneficiaban a los marginados o desvalidos socialmente. Me refiero a la práctica social que se instauró desde entonces, y que persiste en la actualidad, la cual permite que el varón disponga de muchas mujeres y pueda procrear infinidad de hijos, sin que haya subsistido el antiguo deber social de mantenerlas y mantenerlos.

Reanudada la lucha en Tlatelolco, tras la Batalla de Coyohuehuetzin, enfrentamiento que durara cuatro días y en la que iban perdiendo los tlatelolcas, se sucede la Batalla del Mercado, famosa porque los españoles disponen, con un estrepitoso fracaso, el uso de una catapulta contra los sitiados. Al menos en tal batalla quedó constancia de la actividad bélica de las mujeres. Las tlatelolcas dan claro ejemplo de algo que acaso fuera común en aquellas circunstancias: la participación femenina en el frente. No porque no conste en todos los testimonios es lícito pensar que fuera caso único.

Por el contrario, es conmovedora la descripción de las mujeres, que simbólica y realmente se recogieron las faldas para que no les estorbaran; y que estuvieron dispuestas, con actitudes que se cree que eran permitidas solamente a los varones, a defender la vida con la vida utilizando las armas e implementos masculinos. Acaso episodios como éste, que duró cinco días, se repitieron en la defensa de América.

Consta en los *Anales Históricos de Tlatelolco*, cuando se habla de la catapulta abortada:

*"Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores: llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldellines llevaban arremangados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos". (Visión, p. 153).*

Aquellas mujeres supieron también rebasar los límites culturales de género en acciones francamente guerreras. No sólo con lágrimas y evasivas participaron las americanas.



Al respecto, destaca otra mención similar, también protagonizada por la masa anónima, que se realizó durante la larga conquista del "Pirú". Tras la muerte de Atahualpa Inca, el sucesor Manco Inca organiza como parte de la resistencia, un nuevo estado incaico, "en otro Cuzco", en Vilcabamba. Con tácticas que mucho tienen de guerrilleras, la defensa del otro Imperio del Sol se sostiene durante una cuarentena de años. Entre otras formas, los y las conquistadas recurren al bandidaje en los caminos, a fin de atemorizar y obligar a retroceder a los invasores. Dice el testimonio que, por mandato de Manco Inca:

*"sus capitanes salteaban en el camino de Aporima, camino real de Cuzco a Lima, a los españoles y a los indios cristianos de la manda del rey que pasaban recuas y ganados y mercaderes y los mataban y les quitaban la hacienda y ropa y todo lo que llevaban lo robaban y llevaban presos a los indios cristianos. Y así de esta manera estuvieron muchos años salteando en el dicho pueblo de Vilcabamba con su mujer e hijas el dicho Manco Inca".*  
(Reverso, p. 157).

El rol genérico de las mujeres era guardar silencio ante la historia. Ahora ya no tiene por qué ser así. No porque no tengamos muchos testimonios hemos de dudar de la abundancia de los recursos de las amerindias para defender cultura y universo.

**L**as nativas se vieron inmersas desde un principio en los acontecimientos turbulentos y la mayoría de las experiencias no les fueron desconocidas. Debido a la estructura de las sociedades mesoamericanas —y a decir verdad, de todas las patriarcales— la mujer debía acatar obedientemente todo aquello que le fuera ordenado. Así se explica que una gran masa anónima femenina pasó a formar parte de los primeros ejércitos españoles y las primeras expediciones; mujeres cuyos padres, hermanos o dueños las habían regalado a los españoles y que por ello se encontraban entre las filas del conquistador.

En la expedición que Cortés proyectara para bordear las costas del Golfo de México, y que levó anclas para Yucatán el 18 de febrero de 1519, participaron, junto a ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados y doscientos isleños, "algunas indias para [realizar] los oficios domésticos".<sup>25</sup> Las caribeñas que siguieron a estos expedicionarios, que eran ahora sus dueños, les hacían "pie de casa" en las movilizaciones que la estrategia militar exigiera; pudieran ser consideradas como las antecesoras de las "soldaderas" y "adelitas" de la Revolución Mexicana de este siglo.

A diferencia de las adelitas que abandonaban la relativa seguridad de sus casas por un impulso multideterminado —la defensa del terruño, la de la pareja, la de los ideales— las amerindias, desde los primeros contactos, por su condición de propiedad masculina, de objetos, estuvieron sujetas a una transferencia casi siempre tributaria. Normalmente figuraban entre los regalos que los nativos presentaban al

25. William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, Compañía General de Ediciones, S.A., México, 1952, p. 64

invasor. Bajo la condición de oprimidas por cuestión de género, lo eran doblemente, por la comunidad natal de aborígenes y por los invasores. Así, se vieron ubicadas en medio o en alguno de los dos bandos. De ninguna manera puede decirse que "los oficios domésticos" que realizaron fueran una elección consciente; más bien, el resultado de la voluntad masculina, en un contexto de conquista-invasión. La situación de algunas era más compleja: las nobles, por ejemplo, estaban sujetas por ser aristócratas y por mujeres; además, conforme sus reinos eran sometidos, la condición femenina se veía degradada por la esclavitud. Al igual que en sus lugares de origen, también trabajaron al lado de los extranjeros, en servicio del hombre. Otras llegaron a jugar un papel más decisivo, el de intermediarias entre uno y otro bando.

La Malinche, reconocida como elemento clave en la estrategia de la invasión, aparece en el imaginario social mexicano como la gran facilitadora de la Conquista. Sujeto polémico, doña Marina fue, por muchos años, la representante de la participación activa de las mujeres en la construcción del "trauma" del que hemos hablado. En tanto que símbolo negativo, ejemplo invertido de "lo que no se debe hacer" y en tanto que representante de mujeres, la connotación repugnante del símbolo cultural de la Malinche acabó por extenderse y constituir la identidad de todas las mexicanas, más aún de aquellas que portaran rasgos indígenas. Quien haya leído *El laberinto de la soledad* asume acriticamente que está justificado el desprecio que rodea a la Malinche en la cultura mexicana del presente siglo.

Históricamente, la animosidad que despierta esta figura acaso siga impregnada por el ominoso anuncio con que la presentaron los embajadores de Moctezuma que regresaban de Veracruz, testimonio que ha persistido hasta nuestros días:

*"También se dijo, se puso ante los ojos, se le hizo saber a Motehcuzoma, se le comunicó y se le dio a oír, para que en su corazón quedara bien puesto: Una mujer de nosotros los de aquí, los viene acompañando, viene hablando en lengua náhuatl. Su nombre, Malintzin; su casa Teticpac. Allá en la costa primeramente la cogieron". (Visión, p. 37).*

Así ha quedado Malinche, en el corazón de los y las mexicanas, como una traidora. La sospecha de una esencia traidora en la condición indígena ha quedado plasmada en la sabiduría popular mexicana, acuñada por la frase hecha: "No tiene la culpa el indio, sino el que lo hace compadre", que por extensión se aplica a la india. Significa que si algún indígena o individuo de extracción social diversa de la nuestra nos traiciona o se aprovecha de nosotras, la culpa es nuestra por haber confiado en alguien a quien, por ser distinto, se debe tratar con sigilo y cierta lejanía.

La Malinche encarna la actitud "entreguista", de ofrecerse a lo extranjero. El dedo acusador de la historia la señala —y por extensión incluye a todas las de su género y clase social o etnia— y ello agranda la desvalorización individual. Olvida la condición de esclava de Malintzin: noble de un reino sometido, estaba sujeta a los aztecas y fue virtualmente esclava de la voluntad de los españoles, tanto como de la de sus propios coterráneos que la entregaron al invasor. Olvida también que estaba entre dos frentes: el español y el azteca. Rodeada de enemigos, acaso hiciera lo que su condición genérica le permitiera: valerse de sus dotes de comunicación —la capacidad lingüística es un atributo femenino, que ha querido establecerse incluso biológicamente— para contribuir a la perdición de los aztecas. A sí misma, ella no se consideraba "una mujer de nosotros los de aquí"; su lealtad estaba con el pueblo de Taabsob (Tabasco), que fieramente había sido sojuzgado por el Imperio del Sol. Contra ellos luchaba, creía así acabar con Moctezuma, sin advertir que con ello abría la casa a un mal mayor: el exterminio.

La leyenda negra de la Malinche debe desvanecerse. Vista a la distancia fue casi un juguete de los hombres. A pesar de lo que algunos consideran una valiosa contribución en favor de la Conquista, en realidad fue objeto de descarada explotación: Cortés no la menciona nunca en su versión del acontecimiento, en las famosas *Cartas de Relación*. Inteligente y hermosa, no podemos conocerla, sólo la hemos prejuzgado. Para los vencidos, Cortés y la Malinche formaban una sola persona —al capitán español lo llamaban Malinche indistintamente— y por esta transposición ambos personajes históricos llegaron a ser temidos y reverenciados. Incluso en la actualidad,

esta pareja casi mítica despertada sentimientos encontrados, de amor y odio o en todo caso, la ambivalencia, que es un reproche mudo.

También es el referente de una actitud reprochable: el malinchismo. El uso del vocablo tanto como la condena social que implica se han extendido a muchos países de América Latina; basta con mirar los diccionarios. Con aparente ingenuidad, un libro de texto para niños, contemporáneo, al hablar del referente, dice, como si regalar personas fuera normal también ahora:

*"Uno de los regalos fue la joven y bella Malintzin o Malinche, a la que bautizaron con el nombre español de Doña Marina. La Malinche hablaba náhuatl y maya, y aprendió español. Fue intérprete, consejera y amante de Cortés. Le ayudó a conocer los pueblos de Mesoamérica".* <sup>26</sup>

Si una piensa en que el proceso de construcción de la identidad individual se da entre los seis y los doce años, las implicaciones de enterarse que "nuestra madre" (los y las mexicanas somos, según el discurso cultural de la mexicanidad, "Los hijos de la Malinche") fuera consejera y amante—ambas palabras conllevan el significado de agente activo, que aconseja y que ama—del que la violó (según el discurso de Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad*, somos "el fruto de una violación") pueden ser sumamente complejas, incluso traumáticas. Decir, sin los debidos matices históricos, que una persona fue regalada, también podría dar lugar al pensamiento de que cualquiera, y en especial las mujeres, pueden ser regaladas todavía.

No encontré una sola evidencia de que esa mujer haya ejercido la violencia contra nadie. Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, relator contemporáneo y defensor de indios, aunque marginalmente la menciona, encomia la ayuda que prestó a sus coterráneos y señala la "misericordia" mostrada por ella ante el sufrimiento de sus semejantes. Y hace un siglo apenas, en 1843, el historiador Prescott, reconocía que "el nombre de la Malinche... es pronunciado con afecto por las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró vivas e invariables simpatías". (Prescott, 1952, p.72).

---

26. Varios autores, *Mi libro de Historia de México*, sexto grado, México, 1992, p. 36

La repulsa hacia la esclavizada princesa de Taabscob no proviene del personaje histórico, real, sino de una evasión inconsciente de la responsabilidad, evasión simbolizada en la figura mítica que ella encarna en el discurso cultural acerca de la mexicanidad. Parece como si, incapaz de asumir cabalmente el trauma de la Conquista, incapaz de comprender y perdonar, la cultura nacional se ensañara y responsabilizara de tanto dolor a la mujer que fuera lo que la cultura de entonces le permitía ser. La crítica del malinchismo juzga acremente a esta mujer-objeto, regalada a los invasores y utilizada con ventaja –lingüística y sexual– por Cortés y los demás conquistadores. Los seres humanos nos comunicamos y relacionamos por medio de signos y símbolos; y el símbolo Malinche representa no solamente a una mujer indígena, nativa traidora, cómplice de Cortés; ahora, con la óptica del género, puede ser vista como una mujer que jugó el papel destinado para ella por su comunidad y su tiempo. En su relación con Cortés, la figura encarna las dos capacidades que le eran lícitas, tanto en la sociedad invadida como en la invasora: la comunicativa y la sexual.

Al reescribir la *Visión de las vencidas*, el papel de la Malinche y por extensión de las indígenas y demás mexicanas que ella representa merece ser justipreciado. No hay registros que permitan indagar con confianza las motivaciones, las preocupaciones íntimas de aquella hija de caciques, cuya madre la regaló o vendió al casarse de nuevo. Sigue siendo cierto lo que se señalara hace más de cien años en otro discurso fundacional, el de *México a través de los siglos*:

*"Parece imposible que tratándose de un personaje histórico tan importante en la conquista de México, casi nada se sepa de Marina. Se discute el lugar de su nacimiento y se disputa su nacionalidad; se duda del origen de su nombre; se equivoca el papel que desempeñó al lado del Conquistador; poco se sabe de su vida y se ignora dónde reposó su cadáver".*<sup>27</sup>

Creo que esta aseveración es más justa. Por lo demás, un solo símbolo no puede portar el peso de la condena nacional, ni el trauma de la Conquista. Para asomarse a ese drama sólo se han tomado en cuenta

27. Vicente Riva Palacio, (Dir. Gral.), *México a través de los siglos*, Edit. Cumbre, S.A., México, (1a. Ed. 1884-1889), 1981, Vol. II, p. 376

las crónicas escritas por hombres. El androcentrismo de los vencidos y demás testimonios del suceso –y de hecho, de la historia universal hasta hace un siglo aproximadamente– relega la participación femenina de tal manera que sólo se refiere a ella cuando los hechos lo obligan a dar constancia de la actuación de mujeres en determinados episodios. Por ende, esos episodios se interpretan casi siempre con parámetros e ideología masculinos. Aunque sólo consten escasas acciones de mujeres, sabemos que quedaron sin registro muchas más.

Invito con cordialidad a "Los hijos de la Malinche" (me refiero al concepto de Octavio Paz) a buscar otro chivo expiatorio, el padre de los hijos de la Malinche, por ejemplo. Ni las indígenas ni las mexicanas son traidoras por naturaleza; tampoco merecen ser "regaladas".

Otra interpretación histórica afirma que "la conquista de América fue la conquista de las mujeres".<sup>28</sup> Argumenta que las americanas fueron parte del botín de guerra del conquistador y habían sido logradas por la fuerza, pero también sostiene que muchas mujeres fueron obtenidas "por medios pacíficos" y luego sugiere—otra vez sin matices—que fueron regaladas (como la Malinche) a los invasores y que aceptaron sin titubear ese carácter de objeto.

Ser "regalo" corresponde a un factor antropológico bien conocido entre quienes estudian las relaciones sociales hombre-mujer. Gayle Rubin lo ha conceptualizado como "El tráfico de mujeres"<sup>29</sup> noción que es conveniente recordar toda vez que algunos o algunas pudieran creer que las mujeres son regalables.

En el patriarcado, a los varones corresponde la distribución de las mujeres de la sociedad; esa distribución se realiza para que las mujeres "puedan ser usadas" en provecho—sexual, doméstico, político, etcétera—del hombre a quien le son asignadas, o de las mujeres que ese hombre asigna; como las suegras, por ejemplo. Así, el tributo femenino es un mecanismo que favorece que las mujeres sean objeto de transacción entre los hombres y demás miembros de la sociedad. Las mujeres tributadas se ven obligadas, por razones económicas, de linaje y de género, a ofrecer su sexualidad tanto como su fuerza de trabajo, incluso la maternidad a su nuevo dueño. A causa del etnocentrismo, la ideología

28. Magnus Morner, *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little Brown & Co., 1967, pp. 22 ss

29. Gayle Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo" en *Nueva Antropología*, (noviembre de 1986), México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 95 ss



pronatalista de las sociedades mesoamericanas conminaba a estas mujeres a aceptar culturalmente que su función en la sociedad –de manera especial en la azteca– era "dar a luz guerreros que engrandecieran el señorío" (María de Jesús Rodríguez, 1987, p. 28). De tal forma que acaso sea mejor considerar, antes que condenar, a quienes más que vivir como regaladas, sufrían ser tributadas; en la actualidad, todavía hay quienes lo sufren.

Cuando Cortés y sus expedicionarios llegan a Tlaxcala, son bienvenidos por los principales del pueblo, quienes los homenajean con objetos de oro, ropajes y comidas: "Muchos los honraron, les proporcionaron todo lo que les era menester, con ellos estuvieron en unión y luego les dieron sus hijas"... (*Visión*, p. 41).

En prueba de amistad –dicen los informantes indígenas de Saha-gún– los tlaxcaltecas favorecen la consanguinidad. Prescott interpreta que "los jefes tlaxcaltecas propusieron, para afianzar mejor la alianza, que sus hijas se casasen con Cortés y sus capitanes". (Prescott, 1952, p.111).

En la conquista de los incas también se percibe el esquema de regalar mujeres, que se interpreta como señal de buena voluntad y que acaso tuviera intenciones de aplacar el ímpetu español. Al igual que Moctezuma, Atahualpa Inca mandó embajadores a entrevistarse con el extranjero, que se acercaba amenazadoramente a sus dominios. La promesa era enviarles más plata y oro si se retiraban. Hacia 1533, les manda regalos y ahora les suplica que se vuelvan a sus tierras. Narra Guamán Poma: "Le dieron cama, ricos regalos y mujeres a ellos y a todos sus caballos, por que decían que era persona los dichos caballos que comían maíz". (*Reverso*, p. 148).

En un principio, los aztecas creyeron que caballo y jinete eran una sola persona. La confusión de los incas ante criaturas nunca vistas fue más allá: los del "Pirú" enviaron mujeres "a ellos y a todos sus caballos". Las enviaron "para los servicios" que incluían, además de las labores domésticas y de limpieza, las sexuales, actividades asignadas a las mujeres. El "servicio" abarcaba ambas criaturas, el servicio fue para "ellos" y para "sus caballos". De otra forma ¿para qué dar mujeres a los caballos?

Las indígenas mesoamericanas fueron una vez el regalo carnal de América, es cierto. Si aquello sucedió en una época diferente y por

motivaciones diversas, tal vez comprensibles en cierto horizonte histórico, no debe repetirse. A las voluntades femenina y masculina actuales corresponde encargarse de ello: no se puede seguir en aquella época ni bajo aquellas circunstancias. La involución histórica puede y debe detenerse.

# 13 | La mujer, ira del otro

E

n circunstancias violentas y de confusión, las mujeres a quienes tradicionalmente se les caracteriza como débiles, pueden llegar a convertirse en blanco de la venganza que "otro" ejerce contra el dueño de las mujeres. Para herir a los hombres, ellas son, en ocasiones, el objeto en el cual la venganza se realiza, venganza de otro varón que se siente ofendido. Las mujeres que le pertenecen a cierto hombre son percibidas como si fueran apéndices del dueño, como "puntos débiles" o vulnerables. La vulnerabilidad femenina en ocasiones es doble, por la debilidad tradicional (el epíteto de "sexo débil") que le atribuye la cultura y porque su vínculo con el hombre la obliga a jugar el papel de fibra sensible de él. Por ejemplo, la ira de Moctezuma contra los nigromantes que no le responden satisfactoriamente sobre los "presagios funestos", que no lo tranquilizan, que no le dicen lo que él quería escuchar, se vuelve y desata contra las esposas e hijas de estos magos, cuyas infaustas interpretaciones le aseguran: "a quien se mandó presto vendrá".

Alvarado Tezozómoc, en su *Crónica Mexicana* refiere que Moctezuma mantenía cautivos a los hechiceros "para obligarlos a hablar", en realidad esperaba que le dieran noticias tranquilizadoras. Cuando los nigromantes desaparecen misteriosamente, la reacción de Moctezuma representa el fatídico juego de la doble vulnerabilidad de las mujeres.

*"Dijo Moctezuma: —Váyansé los bellacos; llamad a los principales... y a los demás que vayan a los pueblos donde ellos están y maten a sus mujeres e hijos, que no quede uno ni ninguno y les derriben las casas. Hizo llamar muchos mancebos que fuesen con ellos a saquear las casas de las mujeres de los nigromantes, los cuales se juntaron luego y fueron a las casa de*

*ellos y mataron a sus mujeres, que las iban ahogando con unas sogas, y a los niños iban dando con ellos en las paredes haciéndolos pedazos, y hasta el cimiento de las casas arrancaron de raíz". (Visión, p. 15).*

Ni una palabra añade el cronista sobre el dolor de aquellas cuya única falta era "ser la mujer de" alguno. Nada se dice acerca de la afrenta y el agravio de quienes ven sus más preciados bienes —hijos y casas— "arrancados de raíz".

Con criminalidad solapada, el poderoso se desahoga al creer que destruyendo al emisario destruye el inminente peligro; acaso ello explique la matanza de mujeres y niños inocentes. Como fantasma demencial persiguió a las indígenas la venganza que iba dirigida al otro.

Este papel de la mujer como víctima de la ira de los otros, también se percibe entre los vencidos del Perú. El conquistador aprovecha cierta confusión en la legitimidad de la línea sucesoria nativa y así logra acercarse, sin oponentes, al Incario. Cuando Atahualpa Inca derrota a su hermano Huáscar Inca y lo convierte en su prisionero, Atahualpa lo maltrata, le envía de comer basura y desperdicios y le manda "...por mujer, una piedra larga vestida de mujer". (*Reverso*, p. 148) El escarnio no encuentra desagravio, Guamán Poma delinea claramente una venganza terrible que se ensaña contra las mujeres de la Casa de Huáscar:

*"En el sitio llamado Andamarca le mataron [a Huáscar] los canaris chachapoyas cantando... y mataron todos los auquiconas [hermanos] y ñustas [princesas y parientas] indias preñadas les abrían la barriga. Todo se hizo por consumir y acabar al dicho Huáscar Inca, con toda su generación, para que no hubiese legítimos Incas [Atahualpa era bastardo] porque habían preguntado los cristianos del legítimo rey Inca y así lo mandó matar". (Reverso, p. 148).*

En la relación de Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua, también contemporánea de la Conquista, se consigna la saña contra las mujeres. Este cronista explícitamente la califica de cruel; en este testimonio no hay ni justificación cultural ni horizonte histórico que soslayan el crimen: "Al fin por orden del dicho Atahualpa Inca, los mató Huáscar Inca en Antamarca, y asimismo, mujer y madre, con gran

crueidad". (*Reverso*, p.165). Nuestro contemporáneo Felipe Cossío del Pomar cita a Sarmiento, quien proporciona cifras de la matanza. En la ejecución de la familia imperial, (como todo noble Inca, Huáscar tenía veintenas de concubinas) incluidas esposas, hijos mayores y niños: "más de 80 hijos fueron muertos de este modo". La cita incluye una aclaración que cae por su propio peso: "De sus concubinas sólo perdonó a las que no habían parido o no estaban encinta".<sup>30</sup> Acaso un pudor inconfesable haga al estudioso constar lo que no consta, acaso con cierta ingenuidad desea borrar lo horroroso.

---

30. Felipe Cossío del Pomar, *El mundo de los Incas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 153

# 14 | Las amerindias, botín de guerra

**A** bundan en las crónicas los inventarios de tributos con que los naturales de América obsequiaban a los invasores. En ellos, invariablemente figuran las mujeres, fueran hijas de nobles o gente del pueblo; intercambiadas como objetos merced a la conceptualización patriarcal que posibilita el tráfico de mujeres.

Por otro lado, algunas indígenas adquieren más valor, son objetos más apreciados, en tanto que pertenecen a otro. Así, son reclamadas por los vencedores, quienes ven en la entrega de los bienes una señal de sumisión. Por ejemplo, durante el Sitio de Tenochtitlán, el magistrado Xóchitl de Acolnahuácatl conmina a la rendición a los tenochcas, los incita a que "¡entreguen mujeres de color claro, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aún esto es posible. ¿Qué responden? Es necesario que por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca". (*Visión*, p. 156).

Para el conquistador, las mujeres merecen cierta consideración, por eso les ofrece a los tenochcas que salven su vida mediante la negociación de las mujeres y otros artículos semejantes, otras mercaderías. Los testimonios aseguran que, al menos en esa ocasión, los tenochcas siguieron luchando y no cedieron ni a las mujeres, ni a las demás mercancías. (Eso no implica que en otros casos no haya existido tráfico femenino).

En esto que parece una defensa de las mujeres, acaso haya pesado también el sentido de la posesión, la defensa de las pertenencias, más que el valor de las personas. Como condición de objetos de transacción entre los hombres, las mujeres han constituido un botín de guerra muy apreciado; aprecio que nadie envidia. Bien mirado, no implica mengua en la vejación. Seguramente más de una sufrió la imposición del papel genérico y a ese

sufrimiento se añadía el caos de la Conquista. Recordar tanta congoja acaso contribuya a exorcizar parte del trauma.

Cuando finalmente Cuauhtémoc se entrega para acabar con la inclemencia del sitio impuesto a los habitantes de la Gran Tenochtitlán, sobreviene la cruel confusión y la violencia desatada por la codicia del extranjero. Los testimonios de esos momentos abundan en dramatismo. Revelan el impacto que enfrentaron las mujeres que lo pierden todo, incluso la protección que sus varones les daban:

*"los españoles al borde de los caminos [por donde huyen los mexicanos derrotados] están requisionando a las gentes. Buscan oro. Nada les importan los jades, las plumas de quetzal y las turquesas. Las mujercitas lo llevan en su seno, en su faldellín"...*

Sobreviene además la apropiación incuestionable de mujeres. El invasor toma para sí, sin miramientos, a las jóvenes que más le agradan; la suya es una sociedad vencedora, pero además androcéntrica también, indiferente ante los padecimientos de los y las vencidas. Hay en esta selección arbitraria una doble discriminación: la voluntad personal de las mujeres no importa por que no son personas, son simples objetos del tráfico. Pero además, la selectividad se orienta, desde entonces, por cánones de belleza física racistas, pues su motivación se fundamenta en un accidente de la naturaleza: el color de la piel:

*"Y también se apoderan, escogen entre las mujeres, las blancas, las de piel trigueña, las de trigueño cuerpo". (Visión, p. 129).*

Es notorio que al consignar el trance que padecen las mujeres, incluso el cronista parece acongojado, en el relato se trasluce la compasión del relator.

También queda constancia de otro peculiar recurso de esas mujeres, que muestra su rechazo hacia un destino que seguramente les parecía ingrato. Las aztecas recurren a ello para evadir la selección del invasor. Esta vez no desean ser escogidas por los vencedores. En trascendental alarde de rebeldía —a lo largo de la historia patriarcal, siempre ha habido oposición femenina— estas mujeres se disfrazan para repugnar a sus nuevos dueños, en un intento de recobrar la preciada libertad.

Heroicamente manifiestan su repudio al invasor, sacrificando incluso prerrogativas de nobleza y condición –las nobles aztecas gozaban de grandes privilegios y disfrutaban del lujo y la suntuosidad, en contraste con las macehualtin– alteran su vestuario para pasar desapercibidas:

*"Y algunas mujeres a la hora del saqueo se untaron de lodo la cara y se pusieron como ropa andrajos. Hilachas por faldellín, hilachas como camisa. Todo era harapos lo que se vistieron".* (Visión, p. 129).

Para algunos varones que pensaban conceder un gran favor a las mujeres al elegir las para su servicio, tal subterfugio debió ser incomprendible. También para aquellas mujeres, cuyo androcentrismo las hace aguardar con ansias ser escogidas por cualquier hombre. Pero estas aztecas desafían al género y al otro; en un acto de liberación muy elocuente se enfrentan al hombre, no desean ser escogidas por el extranjero y lo repudian mediante el disfraz de la fealdad.

El tráfico de mujeres también se dio en las circunstancias de la dominación maya, en los casos de mujeres como botín de guerra. Consta en la versión cakchiquel de la Conquista, que en los preliminares de la invasión de los zutujiles y de Cuzcatlán, Pedro de Alvarado o "Tunatiuh", –así designado por su cabellera rubia, que lo hacía parecerse al sol– hacia 1524 llegó a Yximchee: "cuando llegó a la ciudad, Tunatiuh pidió entonces a una de las hijas del rey y los señores se la dieron a Tunatiuh". (*Reverso*, p. 104).

Cabe referirse aquí a la laxitud en la moralidad sexual de Alvarado, y por extensión de los demás conquistadores. Si bien entre los nativos de América la poliginia era un elemento cultural, no sucedía lo mismo en la cultura del capitán hispano, quien reiteradamente obtuvo hijas de los poderosos en los lugares que conquistaba. Cinco años antes, en Tlaxcala, Alvarado había solicitado a la hija de Xicoténcatl, la princesa que habría de llamarse Luisa (Prescott, 1952, p. 112), y de quien nos ocuparemos en el siguiente apartado. Otros españoles también encontraron atractivas a las amerindias. Pero antes de hablar de los amores que despertaban las vencidas, continuemos con la discusión de tributos y botines.



Para evadir el enfrentamiento armado, los de Tzololá, según la misma versión Cakchiquel, aceptan pagar tributo al capitán Alvarado hacia 1530: "Durante este año se impusieron terribles tributos. Se tributó oro a Tunatiuh; se le tributaron cuatrocientos hombres y cuatrocientas mujeres para ir a lavar oro". (*Reverso*, p. 108). Otro tributo humano sin distinción genérica se ocupa, al igual que en la otrora Gran Tenochtitlán de la reconstrucción de la ciudad: "Se tributaban cuatrocientos hombres y cuatrocientas mujeres para trabajar en Pangán por orden de Tunatiuh en la construcción de la ciudad del Señor".

Posteriormente, los obsequiosos nativos reprocharán a los españoles su codicia insaciable. En la relación de Titu Cusi Yupanqui –que ocupó el trono de los Incas en Vilcabamba, de 1557 a 1570– dictada a fray Marcos García, figuran las acres palabras de algunos capitanes incas a los españoles. Hablando del sacrificio inútil de Atahualpa Inca, reprochan:

*"El otro día cuando le prendisteis por redimir su vejación ¿no os dio una casa llena de oro y plata? A nosotros los principales y a toda la gente ¿no nos habéis quitado las mujeres, nuestros hijos e hijas? Toda la gente de esta tierra está muy escandalizada y amedrentada de tal manera de ver nuestras cosas que no saben ya qué decir ni adónde se puedan ir porque lo uno véense desposeídos de su rey; lo otro de sus mujeres, de sus hijas, de sus casas".* (*Reverso*, p. 163).

Está claro que la cultura de la cortesía mesoamericana se ve aturdida por el ímpetu ambicioso del conquistador. Una y otra vez los vencidos reprochan a los vencedores la ruptura de las alianzas y la ingratitud del extranjero para con el nativo que lo ha recibido con sus mejores presentes. En estos reproches también aparecen las mujeres como objetos del despojo. Aquella consanguinidad favorecida por el aborígen habrá de ser la fuente de su exterminio, pero antes de sucumbir, el indígena la denuncia y esa denuncia pesa hasta nuestros días.

**A**lgunas americanas de entonces supieron despertar grandes pasiones en los corazones de los hombres. Desde que las vieron por primera vez, los invasores se sintieron aturdidos ante estas mujeres que corrían libres y despreocupadas por las playas donde desembarcaron en el Caribe. Para algunos, eran repugnantes, las veían "puercas y desgreñadas"; para otros eran infieles que tenían tratos con Satanás, pero para muchos poseían la belleza exótica de la noble *sauvage*, que tan evocadora habría de ser para la mentalidad europea postrenacentista. Empero, todos esos hombres deben haber sentido cierta perturbación ante la gentil desvergüenza con la cual deambulaban estas amerindias, según la narrativa contemporánea, "desnudas, con los pechos al aire".<sup>31</sup> Los apetitos de oro y de sexo de los invasores fueron colmados hasta el hartazgo por la exuberancia americana.

En Mesoamérica, la poliginia era un elemento cultural común—sobre todo entre la nobleza— y la práctica de la sexualidad encontraba pocas restricciones, si acaso las propias de sociedades patriarcales: la homosexualidad, la virginidad. El placer sexual era ejercitado con liberalidad por hombres y mujeres en un intercambio erótico ajeno a culpas y pecados; había ligeras variaciones entre las sociedades, pero la escasa represión no alcanzaba de ninguna manera las proporciones que le impuso el cristianismo y el concepto del pecado. No obstante, los españoles, a quienes en rigor debían frenar consideraciones religiosas, éticas y sociales, supieron trascenderlas para saciarse en el amor de las americanas.

Este amor fue el origen, en más de una ocasión, de episodios que determinarían el desarrollo de los acontecimientos de la colonización

---

31. Homero Aridjis, *Memorias del Nuevo Mundo*, Ed. Diana, México, 1988, p. 238

española de América. En febrero de 1500, establecido Colón en Santo Domingo, ordenó al inquieto caballero Hernando de Guevara que se regresara a España. En el trayecto hacia La Isabela, de donde habría de desembarcar, Guevara pasó por el Señorío de Xaraguá, en donde conoció a la gentil princesa Higueymota, hija de la cacica Anacaona. Como de todos modos habría llegado tarde al Puerto, se quedó en Xaraguá con Higueymota, a quien volvió cristiana—seguramente por aquello de los remordimientos y el purgatorio— y la hizo su mujer. El gobernador Roldán montó en cólera "ya por abrigar sus propios planes sobre la beldad india o por razones de más altura política" (Madariaga, 1987, p. 416) y le mandó poner grilletes para enviarlo de regreso al Almirante. Desatado el conflicto, un primo de Guevara, Múxica se alzó en defensa del pariente y de su mujer contra el gobernador. Colón quiso ejecutar un castigo ejemplar sobre el autor de la primera rebelión de españoles en América—rebelión que detonó una mujer— trató cruelmente a Múxica y lo ejecutó sin miramientos. Con ello se inició una ola de excesiva severidad y abuso de fuerza por parte de los Colones, y se sucedieron los tumultos de los colonizadores que habrían de provocar que Cristóbal fuera enviado de regreso, humillado y encadenado, a los reyes de España.

Por aquellos tiempos también aconteció un hecho que revela el afecto con que los nativos de América podían defender a sus mujeres y que manifiesta su disposición al sacrificio a fin de conservarlas. En la campaña contra Guarionex, el último cacique belicoso de La Española, algunos principales indígenas fueron hechos prisioneros de los invasores. Entre ellos iba una hermosa princesa indígena, hermana de Guarionex. De ella estaba enamorado un cacique que fue a suplicarle a Bartolomé Colón que se la devolviera a cambio de que él y sus hombres trabajaran como esclavos para los españoles. Bartolomé, conmovido, devolvió a la cautiva sin condiciones. El marido agradecido regresó tiempo después a La Vega con varios miles de labradores que sembraron muchas fanegas y Las Casas asegura que la cosecha levantada equivalía a la de treinta mil castellanos. (Madariaga, 1987, p. 393). Para el cacique enamorado bien valía una mujer tanto trabajo.

Un claro ejemplo de aculturación amorosa lo encontramos en uno de los sucesos de la colonización de México. A diferencia de la Malinche, el

que trascendió aquí los valores culturales originales fue un español, y ello sucedió desde el primer encuentro de españoles con pueblos de los que hoy habitan el territorio de la República mexicana. Encuentro accidental e intrascendente, si no fuera porque es evidencia de la indigenización de los españoles, tema de estudio que el eurocentrismo ha eclipsado.

El funcionario español Valdivia había salido del Darién con rumbo a Santo Domingo en 1511; su carabela encalló en los Bajos de las Víboras. Unos cuantos náufragos, quince hombres y dos españolas –seguramente las primeras en llegar a México– se salvaron en un bote pequeño y fueron a parar a las costas de Yucatán, donde los mayas los hicieron primero sus prisioneros y luego los llevaron a vivir con ellos. Cuando la expedición de Cortés pasó por Yucatán en 1519, las mujeres ya habían muerto "porque las ponían a moler" (las hacían trabajar mucho) y sólo dos hombres habían sobrevivido: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. Jerónimo de Aguilar salió de entre la selva el 13 de marzo para encontrarse con Cortés y suplicarle que lo recogiera de entre los infieles (Aguilar era diácono, había tomado las órdenes menores) y se convirtió en intérprete junto con la Malinche, de él aprendió ella rápidamente el castellano, por la vía del maya.

Pero Gonzalo Guerrero no compareció ante Cortés. Y cuando éste lo mandó buscar, resultó que estaba "ya casado y con hijos, vestía y andaba pintado como, los mayas y no quiso unirse a los españoles". (Riva Palacio, 1981 p. 374). Guerrero había contraído matrimonio a la usanza maya, con la hija del Señor de Chetumal, y prefirió a su nueva esposa y su cultura adquirida. La indigenización se había consumado a tal grado que lo había hecho cambiar incluso en el aspecto exterior.

Muy elocuentes resultan las palabras de Guerrero que registra Bernal Díaz: "Id vos con Dios" –replicó al De Aguilar, que le insistía para que regresara con Cortés– "que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí cuándo me vean estos españoles y desta manera? Ya veis que estos mis hijitos cuan bonitos son". (Cit. por O'Sullivan, s/f, p. 59). Reveladora de la fortaleza de las mujeres es la amonestación de la hija del cacique de Cozumel, la esposa de Guerrero, a Aguilar: "íos vos y no curéis de más pláticas". La singularidad de las respuestas deja atónito a Bernal Díaz, que las consigna con asombro.

El mismo Pedro de Alvarado, el intrépido compañero de Cortés tuvo varios amores con las indias, sólo uno fue fructífero y trascendió en el mestizaje. Me refiero al que despertó en él la hija de Xicotécatl, jefe tlaxcalteca. A esta princesa la conoció Alvarado en septiembre de 1519; fue ofrecida a Cortés junto con otras indias principales. Los señores tlaxcaltecas insistían en afianzar la alianza con el extranjero mediante la unión de sus hijas con los capitanes de Cortés. Alvarado pidió para sí a la hermosa hija de Xicotécatl, y con intervención del padre Olmedo se procedió a la rápida conversión de las princesas para poder casarse con ellas. Doña Luisa Xicotécatl de Alvarado gozó por muchos años del amor de su marido español, quien se la llevó consigo a su conocida expedición al Perú. Consta que mientras que no se interpusieran los intereses políticos y de alcurnia que significaban sus dos esposas españolas –las hermanas Francisca y Beatriz de la Cueva– Alvarado siempre procuró y cuidó con esmero a Doña Luisa, al grado de ponerle "guarda de mujeres y de españolas que la servían". (O'Sullivan, s/f, p. 96).

Pese a que tuvo muchas otras mujeres, Alvarado dispensaba a Luisa especial afecto, lo mismo para los hijos que tuvo con ella, su única descendencia: Pedro, que murió joven, y Leonor de Alvarado Xicotécatl, a la que casó con Francisco de la Cueva, con lo cual estableció parentesco la noble tlaxcalteca con las familias también nobles de Castilla.

El propio Cortés sucumbió repetidas veces a la hermosura de las indígenas y más de una vez puso en riesgo la seguridad y la vida por ellas. En los anales del proceso de residencia que se le siguió por la muerte de Catalina Xuárez, su esposa, (Cit. por O'Sullivan, s/f, p. 81), se asegura que había muchas mujeres indias y españolas en su casa de Coyoacán: "E según era público voz e fama entre sus criados e servidores, se decía con cuantas de su casa había tenido acceso".

Indudablemente que la Malinche gozó de cierta predilección, por ella mandó que ahorcaran a unos indios, también en su casa de Coyoacán, porque "se habían echado con la dicha Marina". Y sobre él pesará siempre la sospecha de que mató con sus propias manos ("la ahogó con cordeles") a su primera esposa, Catalina Xuárez, la Marçayda, en circunstancias que insinúan rivalidades entre ella y la Malinche. Mu-

chos libros y estudios se han impreso acerca de este oscuro asunto sin que pueda aclararse en definitiva lo que aconteció. Pero para el tema que nos ocupa —el amor que las americanas inspiraron a los invasores— es suficiente referirse al posible móvil del uxoricidio, expresado por boca de una testigo en el proceso de residencia ya mencionado. El testimonio de Ana Rodríguez, la doncella particular de la Marçayda asevera: "que cree este testigo, que a lo que la dicha Catalina Xuárez daba a conocer era celosa de su marido; e que cree que por esto tenía algún descontento, porque el dicho don Fernando festejaba dama y mujer que estaba en estas partes". (Cit. por O'Sullivan, s/f, p. 61 y 89).

Un regicidio de la época, aunque en tierras andinas, también se enmarca en la pasión que despertara una noble indígena. La muerte de Atahualpa Inca, aunque resultaba políticamente conveniente para los invasores, tal vez no se hubiera realizado de la misma manera sin la artera intervención del intérprete Felipillo, quien estaba enamorado de la Señora Coya, la esposa legítima de Atahualpa.

Los pormenores del suceso se olvidan también en las crónicas; pero lo que sí consta es que Pizarro mandó cortar la cabeza a Atahualpa a pesar de que el Inca había pagado su rescate y comprado su vida con fabulosas cantidades de oro. Durante un ridículo juicio que se le siguió, Atahualpa manifestó elocuentemente su disgusto y su renuencia a la sentencia con argumentos que el tal Felipillo con toda mala intención no comunicó a Pizarro. Dice el cronista: "y no le dio a entender la justicia que pedía y merced Atahualpa Inca, por tener enamorado de la Coya, mujer legítima y así fue causa que le matasen y le cortasen la cabeza". (*Reverso*, p. 149)

**P**or su parte, más de una nativa se sintió atraída por el porte altivo y diferente de los españoles y sucumbió a los encantos del extranjero. Desde tiempos del Descubrimiento datan menciones de la calurosa acogida de las indias a los colonizadores. Está ampliamente documentado el favor brindado por caciques y cacicas caribeños a la empresa colombina. Así aconteció a un aragonés, criado de Bartolomé Colón, que por pendencias se volvió prófugo y huyó de La Isabela para internarse en el extremo occidental de la isla que ellos consideraban Cipango, con otros cómplices. Miguel Díaz encontró refugio en un pueblo a orillas de un río, cuya "india principal", que figura en las crónicas sólo con el nombre cristiano, Catalina, le brindó apoyo, protección y amor, además de procrear con él dos hijos. Apercebida de la afición de los españoles por el oro, esta señora persuadió a Díaz de que regresara a La Isabela para convencer a los demás españoles y que fueran a establecerse con ellos. Lo logró hablándole repetidas veces de las minas del precioso metal que se encontraba en un paraje cercano.

Dice el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo:

*"aquella india principal le quiso bien, tratóle como amigo que tenía parte en ella, é por su respecto a los demás, é dióle noticia de las minas que están siete leguas de esta cibdad, é rogóle que ficiesse que los cristianos que estaban en La Isabela (que el mucho quisiesse) los llamasse é se viniessen á esta tierra que tan fértil y hermosa es é de tan excelente río é puerto; é quella lo soternía é daría lo que oviessen menester".* (Cit. por Madariaga, 1987, p. 385).

Por fin, en 1496, Díaz regresó a la que fuera efímeramente primera colonia del Nuevo Mundo e informó al Almirante y al Adelantado de lo que su mujer india decía. Ello le valió el perdón por las pendencias y la movilización de los españoles al pueblo de su amantísima mujer. Comprobado lo de las minas por otra expedición, los españoles abandonaron La Isabela para situarse en el cacicazgo de Xaraguá, cercano al asentamiento de Catalina, donde fundaron Santo Domingo, la que se convertiría en primera ciudad de las tierras antes desconocidas en Europa.

También en el cacicazgo de Xaraguá los españoles fueron bien acogidos por el sector femenino. La cacica Anacaona, hermana de Behechio, se sintió fuertemente atraída por Bartolomé Colón, a quien públicamente prodigó calurosa bienvenida. Las crónicas, por aquel pudor cristiano que reprimía toda expansión sexual –pudor y represión que aún no alcanzaba a las aborígenes americanas– no mencionan cuan profunda fuera la relación. Pero se sabe que pasaron algunos días en placentera compañía y describen a Anacaona como: "una muy notable mujer muy prudente, muy graciosa y palanciana en su habla, y artes y meneos, y amicísima de los cristianos". (Las Casas Cit. por Madariaga, 1987, p. 386). La afectuosidad de Anacaona resulta más reveladora de emancipación y liberalidad sexual al recordar que el Almirante Colón había matado a su esposo Caonabó, poco tiempo atrás. A la vez, los recibimientos afectuosos que las y los nativos brindaban a los españoles evidencian lo innecesario de la violencia en la Conquista. Culturalmente generosos con lo que el invasor perseguía –oro, mujeres, tierra– ¿por qué insistieron los españoles en arrebatarlo por la fuerza, cuando les era brindado con calidez?

Como se ve, la Malinche no fue la única cautiva de los atractivos del invasor. Es más, tampoco fue ella la única intérprete de los conquistadores. Otras mujeres, como la de Cholula que avisó a Cortés de la ofensiva que preparaban los cholultecas y que con ello precipitó la matanza de sus connaturales, sucumbieron fascinadas ante la masculinidad, diferente en lo físico, que hacía su aparición en América.



# 17 | El pene de los invasores

**D**esafortunadamente, no todas las mujeres que sucumbieron por la masculinidad divergente "murieron fascinadas". Esa visión del enfrentamiento es susceptible de volverse romanticona e infantil: ocupa de hecho un espacio mínimo en la dimensión de los acontecimientos y en su interpretación. El verdadero significado del intercambio sexual en la Conquista tiene como referente el volumen de las violaciones y de los abusos sexuales contra las mujeres. Lo señala Urs Bitterli:

*"El comportamiento de los conquistadores españoles frente a las mujeres indígenas en las islas de Indias Occidentales y en las tierras interiores de Mesoamérica y de América del Sur contribuyó fundamentalmente a la ruina de las relaciones pacíficas".*<sup>32</sup>

Poco tiempo duró el feliz encuentro de dos culturas. Luego de que Colón fundara en La Navidad (Haití, diciembre de 1492) el primer baluarte de europeos en el Nuevo Mundo, para lo cual contó con la generosa disposición del cacique Guancanagari, tuvo que darse cuenta de que los cuarenta colonizadores habían transformado la generosidad en fiera oposición. A su regreso, en noviembre de 1493, se encontró con la fortaleza destruida y la guarnición asesinada:

*"sus gentes, movidas por el ansia de conseguir oro habían cedido a la tentación de llevar a cabo incursiones de pillaje por los territorios del interior... y mediante el saqueo de los poblados indios y la violación de mujeres indígenas... habían abusado de la inicial confianza de la población".* (Urs Bitterli, 1982, p.152).

32. Urs Bitterli, *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. de il. # 11

Uno de los acontecimientos más vergonzosos en la historia de los hombres, inscrito con sangre y dolor en la de las mujeres, puesto que revela otras perspectivas en la utilización masculina de la sexualidad femenina, debe mencionarse en los límites de este tema del intercambio sexual—digamos mejor el abuso—entre invasores y vencidas. Me refiero al de la mujer maya que fue entregada por los españoles a los perros por que no quiso satisfacer las necesidades sexuales del capitán Alonso López de Ávila. El episodio es escuetamente referido por el cronista Diego de Landa en la *Relación de las cosas de Yucatán*. Pero lo rescata Todorov<sup>33</sup> con limitada óptica feminista.

En la llamada "Guerra de Bacalar", López de Ávila apresó a "una moza india y bien dispuesta (de buen cuerpo) y gentil mujer". El marido de esta maya había partido a pelear contra el invasor y había hecho prometer a su mujer "no conocer otro hombre sino él", incluso en el caso de que muriese en la lucha. Cautiva de Ávila, "no bastó persuasión con ella para que no se quitase la vida por no quedar en peligro de ser ensuciada por otro varón, por lo cual la hicieron aperrear".

En rigor, no es que trataran de persuadirla de que no se quitase la vida; trataron de someterla a que asumiera gustosa su condición de mujer frente al varón. Es más, ella no se quitó la vida. Esta mujer no tuvo opción, la mataron los perros de los españoles —anfibología asumida— ella no se murió. Es un objeto de los hombres, atrapada entre el patriarcado indígena —sigue siendo suya aun después de que el marido ha muerto— y el machismo español —debe ser poseída sexualmente por su nuevo dueño, pero además debe voluntariamente acatarlo todo—. Dice Todorov: "la mujer elige obedecer a su marido y a las reglas de su propia sociedad". En ello se equivoca, esta mujer no eligió nada, a lo que se resiste es a ser "violada" y a aceptar con sometimiento el abuso; no sólo a quebrantar la promesa hecha al marido. La matan no por que no puedan violarla —de hecho hubieran podido hacerlo como con tantas otras— sino por que es intolerable su resistencia al hombre-macho: "la echan a los perros, por que es al mismo tiempo india y [sobre todo] **mujer que niega su consentimiento**".<sup>34</sup> Todorov comenta: "Jamás ha sido más trágico el destino del otro" y yo corrijo: "de la otra".

33. Tzvetan Todorov, *La Conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987

34. Cf. Todorov, *Op. Cit.* Las negritas son más.

Otro episodio igualmente ignominioso pertenece a los anales del Perú. Alarmado ante la inminente llegada de los españoles, como hiciera Moctezuma años atrás en México, Atahualpa envía obsequios a "los huiracochas" con la esperanza de detener el avance. Establecido en Cajamarca, hacia 1533 manda emisarios que espíen a los que se acercan; regresan con toda suerte de noticias fantasiosas acerca de la fisonomía de los que creen dioses que retornan:

*"Y que de día y de noche hablaban cada uno con sus papeles [manuscritos y libros] y que todos eran amortajados [estaban todos vestidos] toda la cara cubierta de lana [barbados] y que se le parecía sólo ojos y en la cabeza traía unas ollitas [los cascos]... que traían las pijas [penes] colgadas atrás larguísimos de encima las espadas [tal vez confundieron los penes de los españoles con los miembros de los caballos]". (Reverso, pp. 141 y 142).*

El cronista Guamán Poma da fe muy elocuentemente de la reacción de Atahualpa ante este último dato: "Y así quedaron espantados con la nueva nunca oída y así mandó Atahualpa Inca que le diesen servicio de mujeres a ellos y a sus caballos". Cuando las mujeres regresaron de prestar el "servicio", seguramente cuchichearon entre ellas e intercambiaron puntos de vista; se rieron de los penes de los españoles, o tal vez de la confusión con los caballos. El caso fue que "Porque se rieron de la pija de los cristianos de la espada, mandó matar Atahualpa a las indias que se rieron y tornó a dar otras indias de nuevo y servicios". (Reverso, pp. 141 y 142).

Ahora comprendemos que Atahualpa las mandó matar porque se burlaron del pene, manifestaron abiertamente lo ridículo que les pareció el símbolo de la masculinidad. La mentalidad falocéntrica no podía consentir tal ostentación de poder femenino; ello sólo podía pagarse con la muerte. Ni con este alarde de salvajismo *contra mulieri* podía salvarse el usurpador Inca. En un acto de justicia poética con que a veces se colorea la historia, después Atahualpa parece cruelmente, como ya se ha visto, por causa indirecta del amor que despertó su mujer en el intérprete Felipillo.

**P**

or contradictorio que parezca, en buena medida, el impulso para la evangelización de las americanas se alimenta con aquel apetito sexual que los invasores ansiaban saciar con las infieles. Cuando los jefes tlaxcaltecas propusieron al Capitán General que la alianza entre ellos se verificara por medio del matrimonio de los capitanes extranjeros con sus hijas, Cortés, que como hemos dicho poseía también aquel apetito, replicó entonces que tal cosa no podía verificarse mientras ellas permaneciesen "en las tinieblas de la superstición, y con la ayuda del Padre Olmedo les explicó lo mejor que pudo los misterios de la fe cristiana". (Prescott, 1952, p.111).

Tras estos bautismos apresurados –contra los cuales Isabel la Católica se había manifestado– los invasores entraban en posesión de las mujeres sin los remordimientos que les despertaba el fanatismo religiosos que los caracterizó. Este patrón en los bautizos femeninos se repetiría a lo largo de la evangelización, sobre todo en los tiempos en que la mujer española todavía no aparecía en tierras americanas.

Pero las recién bautizadas no concebían su cristianización como un simple rito, parte del servicio sexual que ofrecían al extranjero. Un episodio narrado por Bernal Díaz arroja luz sobre el proceso de aculturación que las indígenas asumieron, reconociendo así su participación activa como transmisoras de la cultura masculina y afirmándose en el poder que les daba la maternidad, poder femenino que tradicionalmente corresponde a las mujeres, y que la sociedad patriarcal les reconoce junto con la sexualidad y la belleza.

Tras la rendición de Tenochtitlán, Cuauhtémoc pidió a Cortés que les fueran devueltas las hijas y hermanas de los aztecas que habían sido

hechas prisioneras y que ya estaban repartidas entre los españoles. El Conquistador accedió a la devolución:

*"si las indias querían volver de buena voluntad. Y andaban muchos principales en busca de ellas de casa en casa y eran tan solícitos que las hallaran, y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aun algunas de ellas estaban ya preñadas y de esta manera no llevaron sino tres".* (Bernal Díaz, Cit. por O' Sullivan, s/f, p. 63).

Aquellas mujeres, por estar bautizadas y llevar en ellas el fruto del mestizaje, inician voluntariamente la asimilación de América a Occidente. Poco podemos saber de las actitudes y reacciones particulares, pero esta disposición grupal expone una conciencia de la realidad que se estaba transformando y que acabaría por imponerse, no sin derramamiento de sangre. De nuevo, esta disposición a recibir la nueva cultura, subraya acusadoramente lo innecesario de la violencia en la conquista y evangelización de América.

Un caso célebre ilustra lo contrario y, paradójicamente, vuelve más comprensible el proceso lleno de rupturas y contradicciones. Se trata del repudio de Yacotzín, la madre del príncipe Ixtlilxóchitl, y se inscribe en los anales de la visión de las vencidas.

Entre la interpretación histórica de la Conquista que Fernando de Alva Ixtlilxóchitl ofrece desde el punto de vista de los tezcocanos, se relata brevemente un episodio que encierra un gran drama: el del conflicto entre defender los dioses antiguos o recibir al nuevo. En un día en que apresuradamente se bautizaron más de "20 000 personas", Ixtlilxóchitl, hijo de Nezahualpilli, el aliado de Cortés, habló emocionado a su madre Yacotzín. Pero ella reaccionó airada diciendo a Ixtlilxóchitl que estaba loco, que había perdido el juicio "pues tan presto se había dejado vencer de unos pocos bárbaros como eran los cristianos". (*Visión*, p. 63). El hijo se vuelve furioso contra Yacotzín, a quien amenaza diciéndole que sólo lo contiene de mandar cortarle la cabeza el hecho de que sea su madre. Ante tan sombría perspectiva, Yacotzín se somete y le promete pensarlo.

Al saber de la resistencia de la noble madre, algunos jóvenes tlaxcaltecas prenden fuego a su casa, Yacotzín sale entre las llamas dispuesta a bautizarse. Irónicamente, a esta mártir al revés, la bautizan como María, "por ser la primera cristiana". En seguida proceden a bautizar a "las infantas", sus cuatro hijas, y "a muchas otras nobles", (*Visión*, p. 63) conminadas por el ejemplo de Yacotzín. Así, con el fuego, la espada pendiente sobre la cabeza y la coerción masculina fueron evangelizadas muchas indias. Una manera ciertamente opuesta a la concepción original de la evangelización, el reverso de la idea que acariciaba maternalmente la Reina Isabel.

Cuando se habla de las aportaciones de América al mundo, pocas veces se considera un legado trascendental y fecundo: el de los vientres de sus mujeres. Con el deseo machista de apoderarse de lo de otros, de someterlos a todos y a todas, el invasor quiere apoderarse de la tierra, fructificarla y poblarla con su descendencia; sólo entonces la hará verdaderamente suya. Por una mentalidad patriarcal que se concentra en controlar la reproducción, comienza por tomar para sí—regaladas o arrebatadas— a las mujeres de la tierra y termina por fecundarlas.

Los invasores reciben con agrado al regalo carnal. Es más, algunos sin ambages solicitan desde los primeros contactos a las princesas y mujeres más hermosas de los pueblos que recorren. Así, el célebre aventurero Pedro de Alvarado pide a la hija de Xicoténcatl, uno de los cuatro caciques de la república de Tlaxcallan. "Xicotenga el viejo y ciego" la ofrece primero a Cortés —según cuenta Bernal Díaz del Castillo— "para que la tuviese por mujer y hubiese generación de ella, y estuviese cierto y seguro de las paces". El mismo Cortés, además de la Malinche poseyó y fecundó a muchas otras cihuapipiltin. Se sabe de al menos tres hijas de Moctezuma (Ana, Isabel y Marina) que hizo suyas.

Con seguridad hubo miles de mujeres indias que prontamente recibieron la simiente española. Y que, como aquellas hijas, hermanas y esposas que buscaban los tenochcas entre las ruinas de Tenochtitlán, no quisieron dejar a "sus" hombres españoles, "porque estaban ya preñadas". (Aridjis, 1988, p. 107). Plenamente identificadas con su maternidad, su sentido de pertenencia al grupo estaba ahora vinculada con la nueva paternidad, cultura también impuesta. La maternidad trasciende

los lazos de consanguinidad, cultura nativa y el vínculo matrimonial; por eso prefieren permanecer con los nuevos padres de sus hijos.

También existieron aquellas que transmitieron la antigua cultura al fruto del mestizaje. Precisamente la supervivencia de lo anterior confiere al proceso de fusión la calidad de mestizaje y no de aniquilación total de una cultura por otra. En efecto, las amerindias son las madres del mestizaje sincrético, crisol de fusión de razas y sangres, evidencia de persistencia y resistencia de lo indígena. La formación de ese crisol comenzó con la entrega de las mujeres tributadas a los españoles.

La consanguinidad así favorecida será después lamentada por el indígena. Habían entregado a sus mujeres creyendo que las transmitían a sus semejantes, pero los conquistadores no seguían el mismo código en la negociación. A diferencia de los aliados de Moctezuma, el invasor no se conformaba con el tributo. Codiciaba el tributo y también la fuente del tributario y al tributario mismo.

No obstante el agresivo embate de la cultura del conquistador, no obstante la derrota, muchas mesoamericanas, transmisoras de cultura en tanto que mujeres, educan a sus hijos con el amor a las antiguas tradiciones y creencias, con respeto por los antiguos valores. Con ello, la añeja cultura del Viejo Mundo se renueva y enriquece –en medio de contradicciones y rupturas sin fin– con la sangre fresca de América.

Por ello, a escasos años del inicio de la Conquista, la América hispánica que asombrosamente sustituyó a Mesoamérica, ofrece rápidamente a Europa productos culturales al estilo europeo en los que se trasluce la cultura que sucumbió. Esta "alta cultura", deslumbra por su calidad a los mismos europeos. Hablo –por citar un ejemplo de *Visión de los vencidos*– de mestizos humanistas como el Inca Garcilazo de la Vega, fruto de la violación de una ñusta (princesa incaica). Igual que otros mestizos, hijos de conquistadores y nobles indígenas, aprendió gramática y latín, conocimientos de los cuales carecían la mayoría de los invasores. Y no obstante la expansión vertiginosa de lo hispánico, siempre se identificó con las tradiciones del incario y asimiló ambos saberes fructíferamente, pero con americana singularidad. En sus *Comentarios Reales* explica por qué llama "huiracochas" a los iberos,



a su herencia paterna: "Así llaman los indios a los españoles y así los llamaré yo también, pues soy indio". (*Reverso*, p. 127).

De ahí que el producto del mestizaje de lo que fuera Mesoamérica sea tan radicalmente diferente de lo que fuera Aridoamérica. De ahí la persistencia de la presencia indígena en el complejo socio-cultural de América Latina. Siempre se ha contrastado la dimensión del elemento indígena entre las sociedades latinoamericanas y las anglo o francoamericanas. Siempre se ha atribuido la evidente subsistencia de lo prehispánico a un mestizaje efectivamente favorecido por los españoles. Con mirada obtusa hay quienes ven en esta combinación relativamente equilibrada de lo indígena y lo español, cierta benevolencia hispana. Nada más alejado de la realidad. ¿Por qué nadie ha reparado en la posibilidad de que el mestizaje fuera efectivamente favorecido por las mujeres indígenas? ¿Por qué no se considera que la supremacía de lo materno frente a lo paterno se debe precisamente a las madres de los mestizos?

En la relativa concordancia entre lo indígena con lo español, fue decisiva la armónica transmisión de cultura que realizaron mujeres como la madre de Garcilazo de la Vega, sobrina del Inca Huayna Cápac. De la estrechez del vínculo entre madre indígena e hijo españolizado a fuerzas, pero indigenizado por voluntad, nos habla la denominación que Garcilazo eligió por voluntad propia. Antepuso al nombre español el título de "Inca", que en rigor correspondía sólo a los descendientes por línea paterna y que por lo tanto a él no le tocaba. Intentaba de esta manera afirmar su identidad materna. Como apunta León-Portilla: "Tal vez el apego de esa tradición, tan ligada al amor materno, se deba que Garcilazo se proclamara siempre más indígena que español". (*Reverso*, p. 127).

Entonces, como ahora, la transmisión cultural estuvo en gran medida en las manos de las mujeres. Y ello implica una responsabilidad personal para las madres, que debe ser asumida por el género: ser mejores personas favorecerá que seamos mejores formadoras y educadoras, labor concientizadora en la cual no puede estar ausente la crítica.

U

na de las composiciones poéticas *-icnocuicatl-* que consigna León-Portilla en *Visión de los vencidos* trata precisamente del papel que los hombres y las circunstancias asignaron a las mujeres en la forja del mestizaje. El *icnocuicatl* –composición poética del tipo "cantar triste de la Conquista"– llamado "La prisión de Cuauhtémoc" menciona a Isabel Moctezuma Tecuichpo Ixcaxochitzin y alude con gran tristeza al destino de las mujeres indígenas nobles, cuya nobleza y femineidad las volvieron doblemente atractivas para el yugo masculino.

Desde 1505 fueron autorizados los matrimonios de españoles con indias mediante Cédula Real. Obviamente el mestizaje mayoritario no se dio por vía de estos enlaces legalizados que ofrecen cierta protección a la mujer y que en la inmensa mayoría de los casos el invasor ignoró. Sin embargo, esa legalización favoreció cuando menos a varias nobles indígenas, pues la cultura hispana las acogió como consortes. Para tristeza de tantas mujeres macehualtin que inauguraron la inicua posición social de "amancebadas", en nada semejante a la condición de concubinas que les reservaba la cultura mesoamericana; condición que, durante la Colonia, habría de ser *status* asignado para la mayoría de las mujeres indígenas: mancebas del señor o patrón.

La secuencia de los matrimonios de la *cihuapipiltin* cuyo sino trascendió en el *icnocuicatl* mencionado, refleja las convulsiones propias de este mestizaje violento, los tumultuosos momentos de fusión de culturas y de individuos. Las relaciones maritales que tuvo y el producto de ellas, ostentan como telón de fondo el marco de la Conquista y el enfrentamiento entre dos grandes culturas, la mexicana y la española. La historia de esta

Tecuichpo Ixcaxochitzin nos permite vislumbrar una fuente de nuestra sociedad actual. A las mexicanas, además de que nos evoca el destino de las princesas, nos permitirá reconocer si hubo nobleza y donación como las que aquel reseñista mencionado al principio de este testimonio advirtió en el destino de la realeza femenina. A mí, me permite responder a Margarita, mi amiga bilingüe, e invitar a todas las lectoras a la toma de conciencia femenina que se necesita para convertir este mundo de un paraje hostil, androcéntrico, en un sitio ameno para la convivencia pacífica de ambos géneros.

**I**

sabel Moctezuma, Tecuichpo Ixcaxochitzin, "Flor de algodón", nació aproximadamente en 1509. Hija de Moctezuma II y de una señora de Teotlalco, recibió el patrnimico de "Tecuichpo" que correspondía a la descendencia de los reyes aztecas y fue educada con el esmero y los cuidados que se prodigaba a las nobles aztecas en el *calmécac*.

Prisionero de los españoles, Moctezuma encomendó a Cortés a sus hijos e hijas, los pequeños *pipiltin*. Es bien sabido que los aztecas trataban con mucho afecto a sus hijas e hijos y, cuentan las crónicas, que Moctezuma sentía especial predilección por la pequeña *cihuapilli*. Así que, derrotado, Moctezuma encargó a Cortés que velara personalmente por esta hija suya que le era tan querida.

Ya antes, Moctezuma había dado a Cortés, en prueba de buena voluntad y por aquella mentalidad de que las mujeres eran mercancías, a otra de sus hijas, la princesa que sería bautizada como Ana y con la cual habría de cohabitar el Capitán General. Moctezuma no vivió para saber que Doña Ana moriría en el frenesí de la retirada española, durante La Noche Triste, con el fruto de Cortés en sus entrañas.

Ixcaxochitzin había permanecido en el lado español hasta la victoria tenochca de aquella noche. En la confusión, la pequeña Tecuichpo fue recobrada con júbilo por los mexicanos. Devuelta entre su gente, se concertaron las bodas reales con quien le correspondía por alcurnia, el nuevo emperador, el joven Cuitláhuac, su primer esposo; pero la unión no se realizó por la corta edad de los contrayentes.

A la muerte de Cuitláhuac, la joven fue destinada a casarse por segunda vez debido a su linaje. Legítimamente le correspondía por su

nobleza al nuevo caudillo de los mexicas, a su tío Cuauhtémoc. Pero tampoco se consumó el enlace por razón de la edad.

Tras la rendición de Cuauhtémoc y cuando México-Tenochtitlán estaba en poder de los españoles, Tecuichpo Ixcaxochitzin regresó al lado de quien debía protegerla. Hay ciertas dudas respecto a si Cortés favoreció que Tecuichpo acompañara o no a su malhadado consorte azteca en la expedición que culminaría en magnicidio. La destrucción del gran Imperio Mexica era inminente y una hija de Moctezuma constituía una prenda valiosísima ante el conquistador; por mujer, por la maternidad en potencia y por la nobleza de sangre.

Muerto el último marido azteca, de nuevo entre los españoles, el propio Cortés apadrinó el bautizo de "Flor de algodón" y le dio el nombre de la Reina Católica, Isabel, al cual se añadió para destacar el linaje el apelativo Moctezuma. También concertó para ella una alianza; como si fuera una recompensa la ofreció a un conquistador, Alonso de Grado, que no era digno de la alcurnia de la novia. Pero cuyo enlace acaso haya obrado en favor de que luego, durante la Colonia, se convirtiera en tesoro y visitador. Tampoco esta vez hubo descendencia y De Grado murió al poco tiempo.

Viuda por tercera vez, Isabel Moctezuma regresó al lado de Cortés nuevamente. Con seguridad se había convertido en una espléndida mujer, lo que no pasó desapercibido al insaciable Capitán General. Esta vez decidió tomar para sí a la princesa y cohabitó con ella un tiempo. Acaso se justificara en aquel aciago "derecho de pernada", acaso pensaba que así cuidaba mejor de la *cihuapipiltin* que Moctezuma le había encomendado. Acaso esto sea lo que algunas mentalidades falocéntricas consideren "noble" en el trato de hombres contra mujeres.

Al poco tiempo, Cortés decidió buscarle otro marido a Isabel. Tal vez también suponía que así honraba la memoria del desafortunado Tlatoani. Por segunda vez concertó para ella un matrimonio, a sabiendas de que Isabel estaba encinta de él; se trataba de quien sería Leonor Cortés Moctezuma, fruto amargo del mestizaje. Mi optimismo me lleva a decir, en descargo de quien advierte "nobleza" en semejante trato, que más que resultado del cinismo machista, tal perspectiva corresponde a la ignorancia: quien percibe "nobleza" acaso nunca conoció la verdade-

ra historia de las relaciones entre Cortés y las hijas de Moctezuma.<sup>35</sup> ¡Se sabe tan poco de las mujeres! Pero, en todo caso, ya se ve que la prudencia no estaría de más al hacer afirmaciones sobre las relaciones entre castellanos y mesoamericanas. ¿Puede alguien creer que Cortés cumplió desde algún "código de honor" con el moribundo padre que le había confiado a Tecuichpo? Tal acción no es comprensible bajo ningún código humano, como no sea el del machismo patriarcal que dispone a su antojo de las vidas femeninas.

Encinta de Leonor Cortés, Isabel se casó con Pedro Gallego e Andrada. De este matrimonio nació su primer varón, Juan Andrada Moctezuma. Vientre muy apreciado por la nobleza de su sangre, cuando murió Gallego, Isabel fue requerida en matrimonio por el también conquistador Juan Cano de Saavedra, con quien tuvo cinco hijos.

Al lado de Cano, Isabel se convirtió en una gran señora al estilo español. Además de trascender en los siete hijos del mestizaje, las obras de Isabel Moctezuma llegaron hasta nuestros días por el empeño que mostró en la construcción del convento de los Agustinos (cuya templo fue sede de la antigua Biblioteca Nacional, en el Centro Histórico capitalino). Contribuyó generosamente a la obra y por ello reposa en ese sitio. Murió en 1550, sin poder contarnos lo que significó para ella servir de enlace—nada pacífico ni voluntario— entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Paradójicamente, muchos de sus descendientes se fueron a vivir a España y reclamaron linajes y reconocimiento nobiliario de la Corona de Castilla por el vínculo con la dinastía azteca. Hasta la fecha, el linaje nobiliario de Moctezuma pervive en la tierra que alguna vez fuera llamada "la madre patria".

Ni hubo nobleza, ni hubo donación. Cortés no protegía a Isabel Moctezuma cuando le dio tierras y encomiendas. Es más, no le donó nada; solamente le restituyó una parte de lo que legítimamente le correspondía como heredera de Moctezuma. Acaso cierto sentimiento de culpa ante el abuso excesivo de la masculinidad patriarcal fue lo que motivara a Cortés a "donar" tierras y encomiendas.

---

35. No obstante, Sara García Iglesias, ha reelaborado históricamente en forma de narrativa estas relaciones, en su novela *Isabel Moctezuma*, Universidad Veracruzana, México, 1986

Actualmente, el valor significativo de esta Isabel no estriba en su descendencia; ya no aceptamos que una mujer valga solamente en términos de su maternidad. Isabel Moctezuma vale para nosotras por lo que, paradójicamente, no sabemos de ella. ¿Qué dijo o qué pensó esta mujer que fue botín de los invasores, víctima de los vaivenes de su propia cultura y de una cultura ajena, impuesta? Hace falta imaginar lo doloroso que debe ser convertirse, siendo débil, en el gozne de una cultura opresora que franquea el paso a otra cultura doblemente opresora. La individualidad de Isabel, la integridad del ser humano desapareció para convertirse con paso redoblado en un objeto en el universo traumático de la Conquista, por mujer y por princesa: prisionera de dos culturas. Constituye además una clara imagen de la catástrofe identitaria y del destino de las mujeres mesoamericanas y sus descendientes.

Así lo señala el cantar triste de los *cuicapicque* o poetas nahuas postcortesianos, cuya literatura es testimonio del dolor de la Conquista. El inicio del mestizaje, y la congoja que sufrieron al ver a sus mujeres repartidas con sus invasores, la contemplación de Tecuichpo sentada al lado de Cortés les inspiró la parte final de esta elegía en la que por boca del personaje dramático-literario de Cuauhtémoc interrogan a la sobrina de Moctezuma y cuestionan su identidad:

*"¿Quién eres tú que te sientas junto al Capitán General?*

*¡Ah, es doña Isabel, mi sobrinita!*

*¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!"*

Sólo conciben que una *cihuapipiltin* se encuentre al lado del invasor cuando recuerdan que los monarcas han sido encarcelados. Si los reyes fueran libres, la hija de Moctezuma no se colocaría al lado del español, estaría presidiendo con los de su estirpe. Como ya no es enteramente suya no la reconocen ni nominalmente, la llaman por su nombre cristiano: ha dejado de ser Tecuichpo Ixcaxochitzin; ahora es Isabel y se sienta junto al Capitán General.

Los *cuicapicque* se han percatado del cambio y se apresuran a advertir, con ominoso tono profético, a Isabel el futuro sometimiento que le aguarda, ahora que debe sentarse al lado de Cortés:

*"Por cierto serás esclava, serás persona de otro:  
será forjado el collar, el quetzal será tejido  
en Coyohuacan". (Visión, pp. 169-170).*

Y en efecto, Isabel y tantas otras como ella se convirtieron en "esclavas de otro". La Conquista acabó con el *status* que ocupaba la mujer indígena y que, a pesar de que se trataba de una sociedad patriarcal, no era machista, dispensaba ciertos privilegios sobre todo en favor de las nobles. La nobleza aborígen perdió todo valor real tanto para los hombres como para las mujeres. Por muchos siglos las mujeres de sangre indígena fueron "esclavas, personas de otro". Y lo fueron virtualmente en el tipo de esclavitud europea, distinta –de manera radical– de la mesoamericana, en la que los hijos de los y de las esclavas nacían libres. No solamente fueron esclavas virtuales por la sangre indígena que llevaban en las venas; fueron también esclavizadas por cuestión de género. No solamente fueron esclavas virtuales ellas, también lo fueron sus hijos.

El fin de esa esclavitud doble, la del racismo y la del sexismo, ha llegado en los albores del tercer milenio, en el siglo XX con la toma de conciencia de la mujer latinoamericana. El movimiento de liberación femenina continuará derribando pacíficamente –con el pacifismo de las mujeres– las estructuras que encadenaban a la mitad de la humanidad que, fuerza es repetirlo, es la madre de la otra mitad. Por ello hemos de recordar el destino de las princesas, de Isabel, hija de Moctezuma, para proclamarlo en todos los foros. He aquí algo que testimoniar para la memoria femenina mexicana, algo que ninguna mujer debe callar, ni consentir, so pena de convertirse en cómplice silenciosa. ¿Puede alguna identificar nobleza en el tráfico de mujeres?



M

e resisto a creer que alguna piense que mi testimonio se refiere a cosas que pasaron hace cientos de años y que ya no deberían preocuparnos. En el encuentro con indígenas latinoamericanas, donde me hicieron la pregunta que da título a este escrito, aquellas indígenas me hablaban de ese destino secular, de la experiencia cotidiana de "ser persona de otro". También estaban presentes los problemas de identidad y la lacerante pobreza a cuya "feminización" nos hemos vuelto insensibles. Cito el testimonio de una mujer de San Andrés Chichahuaxtla, Oaxaca:

*"Cuando sabíamos que éramos triquis, podíamos resolver nuestras cosas sin muchos problemas, ahora que sé que somos pobres, la vida es pesada y difícil".*

Todas eran evidencia de la penosa situación económica a la cual la sociedad mexicana las ha relegado por cuestiones étnicas. No sólo a ellas, la condena alcanza a sus hijos e hijas. Aunque la sumisión de la indígena tiene doble origen: de etnia y de género, tras aquel encuentro me quedó clarísimo que la opresión de triques, mixes, mayas y demás, está en las encrucijadas de las culturas étnicas y nacional, y en el empobrecimiento endémico de los grupos indígenas. O, para decirlo en términos del siglo XVI, en la falta de "donaciones y encomiendas para ser protegidas", en términos modernos, en el despojo del cual siguen siendo víctimas por su situación marginal.

También pude constatar, en aquel encuentro, la confusión que algunas mujeres sufren con respecto a la opresión femenina-étnica. Una indígena de Guerrero relataba las vejaciones que la pertenencia a cierta etnia les imponía a aquellas esposas que huían del hogar por el maltrato

del marido. En algunas comunidades esto está permitido siempre y cuando se reponga la dote que la familia del esposo pagó por la esposa. La indígena se lamentaba de la obligación de pagar esa dote y preguntaba si nosotras, las académicas, las de gabardina, traje sastre y portafolios, también teníamos que pagar dotes para dejar una situación de discriminación, maltrato, hambre y humillaciones.

Una mujer académica, al parecer de profesión antropóloga, explicaba que tal patrón de opresión se inscribía en lo que Gayle Rubin llama "El tráfico de mujeres", le explicaba también que "cultura no era natura" y que las culturas y tradiciones discriminatorias contra la mujer podían y debían transformarse, por muy milenarias que fueran. En eso, una mestiza (a quien identifiqué como perteneciente a alguna institución oficial, de las que se jactan de ser indigenistas) insistió en que tuviéramos más respeto por las tradiciones ancestrales, que no se podía sacar de contexto las costumbres indígenas y que en nada eran compatibles los problemas guerrerenses con los asuntos feministas ni las reflexiones de género.

Tal postura me hizo recordar el origen –ahora legendario para el feminismo mundial– del testimonio de la indígena boliviana, plasmado en el libro *Si me permiten hablar...* La anécdota es vergonzante para el feminismo humanista que no busca el enfrentamiento con el hombre sino el fin de la opresión femenina. En un encuentro feminista de envergadura mundial, la reunión del Año Internacional de la Mujer, en 1975, en México, las indígenas no participaban equitativamente; es más, no se les permitía la entrada a ciertas mesas; no se les permitió participar en la Conferencia oficial, sino que fueron asignadas a otro foro, la llamada Tribuna. Seguramente las organizadoras –las encargadas de la equidad– coincidieron en que Domitila Chungara y compañeras no eran feministas; no les permitían hablar porque eran puritas indígenas<sup>36</sup> ¿qué tendrían que decir unas iletradas y marginadas a otras letradas que ya no estaban marginadas? Imagino que esa fue la razón de la actitud de puertas cerradas, porque no me cabe en la cabeza la posibilidad de que alguna feminista o ser humano cualquiera, cualquier institución o entidad, pongan un empeño especial en que las indígenas

36. Cf. Moema Viezzer, *"Si me permiten hablar..." Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, Siglo XXI editores, México-España-Argentina-Colombia, 5a. Ed. 1980

sigan marginadas, en que tengan que seguir pagando la dote. ¿Será que a alguien le conviene que las indígenas sigan siendo pobres, discriminadas, violadas y traficadas?

En el encuentro de Oaxaca también escuché a las indígenas hablar de la marginación lingüística y social que les depara el transcurso de la historia contemporánea. Una maya, con lágrimas en los ojos, reflexionaba:

*"Yo creo que antes no era así. A veces me gusta imaginar cómo hubiera sido mi vida si yo hubiera nacido en el mismo lugar, pero quinientos años antes; me hubiera gustado ser princesa. Porque antes de la Conquista todos éramos indios y no había partidos políticos ni institutos indigenistas, sólo éramos los indios y las indias".*

Entonces conocí a otro tipo de feministas que no están en los manuales del tema. Se trata de las maestras bilingües, de origen indígena, de habla materna autóctona, pero que han aprendido español y sirven a sus comunidades desde estaciones radiodifusoras. Muchas habían logrado que se dedicara una o dos horas semanales a programas para mujeres, de corte feminista o liberador, como "La mitad del cielo" (alusión a la frase maoísta que describe a la mujer en China), en la XEUFSS, "La voz de la frontera sur" en Las Margaritas, Chiapas o "La voz de las mayas", en la radiodifusora XEPET, desde la Ex-hacienda de Aranjuez, en la Carretera Peto-Mérida. Con toda intención mantengo en secreto los nombres de las indígenas que conocí, pues tenían miedo de perder sus empleos al hablar de las dificultades que vivían por ser mujeres, por ser indígenas y por ser bilingües.

Por ellas supe que el derecho consuetudinario de los pueblos indígenas mantiene a muchas mujeres legalmente sujetas a los hombres. En otras palabras, aunque el artículo 4o. de la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* diga que "el varón y la mujer son iguales ante la ley", para ese derecho consuetudinario los hombres y las mujeres no son iguales; los varones son superiores.

Ya sé que en la vida diaria muchas mujeres siguen sujetas a los hombres, pero no imaginaba que en mi país, que ha firmado cuanto tratado y convenio salen en contra de la discriminación de la mujer, y que en la IV Conferencia Mundial de la Mujer, de Pekín, en septiembre de 1995,

volvió a firmar de nuevo todo lo que hiciera falta para asegurar que en México no había discriminación contra la mujer y todas éramos libres e iguales a los hombres, cuando menos legalmente; repito que en un país donde se dice eso en los periódicos y se enseña eso en las escuelas, hay todavía muchos millones de mujeres a las cuales la Constitución no protege. No al menos cuando así conviene a la comunidad o a la etnia.

A veces, las indígenas sí se rigen por la Constitución federal. Por ejemplo, cuando requieren un maestro de escuela tienen derecho a esperar que sea hombre o mujer; entonces, me confiaron que ellas optaban por pedir una maestra pues, como en los tiempos de Sor Juana, era mejor dejar la educación en manos femeninas; las masculinas podían encerrar la amenaza de violación. Pero otras veces deben someterse, como en el caso de las dotes, al derecho consuetudinario.

En muchas etnias persiste la costumbre de la dote de casamiento. Así me enteré de que el tráfico de mujeres era lícito gracias a ese derecho, pues muchas de ellas habían sido compradas por las familias de los esposos.

Margarita, una maestra bilingüe del sur de la República, narró un caso escalofriante: su hija había sido comprada por los suegros en cuatro vacas y un pedazo de tierra. Desafortunadamente, el yerno de Margarita murió a los pocos meses y no hubo descendencia. La hija de Margarita era una carga para los suegros y debía regresar con su familia paterna que era quien debía encargarse de su manutención. Así fue. Por paradójico que parezca, la muerte del esposo liberó a Felicia —así se llamaba la hija de Margarita— pues como ya había cumplido el destino tradicional de casarse, estuvo en libertad de ponerse a trabajar. Felicia se fue, como tantas otras indígenas nuestras, a la capital del Estado, y consiguió trabajo en una casa, de sirvienta, que es lo único que se puede conseguir al no haber tenido estudios ni hablar español. La relativa libertad del empleo doméstico auguraba un destino libre, seguro, a Felicia. Era el principio de lo que Virginia Woolf, pionera del feminismo occidental, anteponeía como condición para cualquier emancipación o condición de igualdad de la mujer: *Un cuarto propio*.

Sin embargo, a las pocas semanas, se presentaron en casa de Margarita los consuegros y reclamaron la devolución de la dote. En casa de Margarita, como en tantas otras del sistema patriarcal, manda el padre;

y él se negó a devolver la dote. La comunidad se dividió, hubo algunos altercados y finalmente un juicio que, según aquel derecho tradicional, decidió que Felicia debía regresar a trabajar sin sueldo para la familia del esposo muerto. Así pagaría poco a poco la dote. Esto había sucedido hacía diez años y Felicia seguía siendo virtualmente esclava de su antigua suegra. Margarita no tenía el consuelo de ver a su hija, ni siquiera eso; por ser bilingüe y andar "de revoltosa", el mismo derecho le prohibía "malaconsejar" a la hija.

También me enteré de que en otras ocasiones, por huir de un hogar o de un matrimonio infeliz, las indígenas viajan a ciudades distantes a trabajar en servicio doméstico y hasta allá las alcanza la sujeción legalizada. Hay miembros –y una que otra miembro– de las comunidades que se encargan específicamente de localizar a las indígenas que han huído de la comunidad y las regresan contra su voluntad. Entre los argumentos –me confiaba Margarita– se esgrimen la antigüedad de las tradiciones y la pertenencia a la etnia, cuyos orígenes se remontan hasta antes de la Conquista. ¿Por qué eso no puede cambiar?

*"No todas tenemos la misma oportunidad –decía Margarita–; yo tengo poder por que tengo la lengua española, pero mi señor no dejó que mis hijos e hijas aprendieran la lengua, él sabía que era mi poder. Primero tenemos que estar seguras de quiénes somos para defendernos bien. Lo más importante es la cuestión económica, hay muchas cosas que hacen que la mujer indígena sufra la discriminación, pero Ustedes Académicas han podido analizar quién tiene el dinero y quién tiene el poder. Reconozco la lucha feminista, pero a veces creo que está alejada del problema de la mujer indígena que es una situación de pobreza. Si hace muchos años, como dicen nuestros padres y abuelas, ya las cosas eran así para las mujeres y así deben quedarse, yo veo que todas nosotras somos pobres. Ustedes las mestizas no son pobres, pero no tienen tradiciones tan antiguas, no tienen padres ni abuelas que han vivido siempre ahí... Yo veo que todas somos pobres, pero veo también, y me cuentan las abuelas, que hace muchos, muchos años había princesas entre nosotras. Yo pregunto: ¿dónde quedaron? ¿Qué pasó con las princesas? Pido a*

*las mujeres mestizas que nos ayuden como mujeres que somos, que nos presten su voz".*

No puedo dar cuenta de todo lo que aqueja a los más de cuatro millones de mujeres indígenas en el país, como tampoco puedo dar cuenta de lo que me aqueja. Pero al menos, sí puedo prestarles mi voz a quienes carecen del más elemental derecho de expresión. Las invito a leer los testimonios escritos (por lo cual todos llevan implícito el consabido *sic*) que recogí en aquella reunión en Oaxaca y que cierran este volumen.

"Problemas de mujeres indígenas"

*Formamos un grupo de mujeres que somos artesanas, teje, borda, de diferente artesanía: porque no tiene otro trabajo. Son puras mujeres que no saben leer ni escribir, nunca fueron a la escuela, no sabe hablar español: son cincuenta mujeres que está adentro del grupo, que radica de artesanía: pero problemas es de que no tenemos un mercado seguro, si no que cada quien sale a ofrecer sus prendas, aunque sea barato porque sus hijos no puede quedarse sin comer, y además lo están haciendo con tal de no perder la costumbre y las tradiciones: pero lo que más necesita, recursos para poder trabajar, avanzar su trabajo: o también necesitamos apoyo de exposiciones o feria para sacar su artesanía: eso es sus necesidades.*

(Una indígena de Santa María Huazolotitlán, Jamiltepec, Oaxaca de la Costa. Lengua mixteca, 38 años).

"Desde que se empieza un huipil..."

*Tú preguntas, mestiza, qué es la literatura para mí, mujer etnia. Desde que se empieza un huipil, ahí está la literatura.*

*Yo llevo esta blusa y ¿quién sabe que la llevo? porque estos triángulos son representan las pirámides de Palenque. En mi blusa está la historia de las abuelas y de las abuelas de las abuelas. Está mi casa y mis animalitos.*

*Las mujeres indígenas somos discriminadas por que no sabemos hablar bien el español. Y ahora las invito a la fiesta de mi pueblo que está muy lejos, a tres días en camión, pero es que soy la mayordoma y las invito a la fiesta.*

(Mujer zinacanteca, 50 años).

"Exponencia: problema del pueblo"

*Buenos, nosotros que somos mujer indígena y somos artesanías del pueblo de las Costa, es raza indígenas que habla mixteco, es la mayoría que habla mixtecos.*

*El mestizo son poco: por eso nosotros que somos mujer artesanías queremos más apoyo por que tenemos historia del antiguas. Los abuelitos que vivieron antes, ellos sabe de todos costumbres, tradiciones, hacen fiesta tradicional de mayordomias, casamiento, baila de violín de cajón.*

*Los mestizo. No quiere ver a nosotros, tanto critica que habla a nosotros que vestimos ropa de manta, los hombres se viste de calzón de manta, sí es cierto por que así vestimos. Pero desde cuándo que somos pobres, no tenemos dinero para comprar ropa fina.*

*Los maestro rico no quiere ver a los niños pobre. Todos quiere que lo cambie su vestir. Por eso nosotros busquemos donde hay escuela pobre que se llama Hermanos Flores Magón bilingües. Allí van los niños al gusto, se viste de cualquier ropa, calzón, o del otro. Pero allí nadie hace crítica a nosotros.*

*Hasta el señor presidente de la Costa no quieres ver también a nosotros. A los maestros también de bilingüe no quiere ver. La semana que pasó quieren sacarlos, pero la gente del pueblo no la dejás por que ellos enseña muy bien a los niños. Aprenden a leer, a hablar español y mixtecos, habla de las dos lenguas. Así que nosotros no queremos que se salga los maestros de bilingües, queremos más apoyo a los maestro que somos indígena. Gracias.*

(De la Costa Chica que se llama Pinotepa de Don Luis.

Etnia: mujer artesanía; lengua mixteca; 36 años).

"Yo no puedo hablar porque..."

*Yo no puedo hablar porque yo no tengo estudios, cómo quisiera hablar, defender, a mi pueblo, a mi estado, pero yo no tengo estudio. Todo lo sé en purépecha, lo tengo aquí (se señalaba la garganta). Si pudiera decirlo en purépecha. Nos quedamos a trabajar y por eso no fuimos a la escuela. Quisiera decirles todas las necesidades... Si ustedes entendieran el purépecha yo les diría muchas cosas.*

*Pido a las mujeres mestizas que nos pueden ayudar como mujeres que somos.*

*Siempre los indigenistas son el intermediario (se refiere al INI). Siempre, creo, los indígenas deben ocupar el lugar principal y las instituciones deben apoyar, pero no ser ellos lo principal.*

(Mujer purépecha; 36 años).

"Ya no somos indígenas puras..."

*Ya no somos indígenas puras, sino que somos bilingües.*

*Se hacen proyectos sin consultar a las etnias. Desde la Conquista, se quedó eso de que los pobres inditos no se pueden organizar. A la mujer, lo que nos interesa es tener qué comer, tener salud, y seguir en sus comunidades. Si las autoridades ya conocen la problemática de las comunidades, se gastan mucho en este Seminario, se han gastado millones y millones de pesos en traernos y en hablar y en hablar... y eso sólo se queda en el papel.*

*La discriminación económica en primer lugar. La situación de la mujer está atravesada por la situación económica, la opresión es antes económica que de género.*

*Las mujeres académicas no pueden salir de aquí siendo las mismas. Salimos con una toma de conciencia, con una sensibilización hacia los problemas específicos de las indígenas.*

*El problema de la mujer indígena es también un problema de comunicación, es lingüístico, la lengua es poder.*

*El problema también es político, las divisiones entre el PRI y el PRD.*

(Maestra bilingüe, 38 años).



"Hoy que se me da esta oportunidad"

*Hoy que se me da esta oportunidad, quiero compartir con Ustedes este sentimiento, confuso muchas veces por lo que he vivido, por lo que he visto, por lo que he oído.*

*Nací en mi pueblo, mal llamado trique, desde niña aprendí como todas las demás mujeres y hombres de mi pueblo a vivir como decidieron las abuelas: a conocer las plantas para comer, a juntar la lumbre, a preparar las fiestas, a respetar el temazcal, a respetar el agua y el maíz. A tejer nuestro huipil y todo lo demás que veía que hacía y sigue haciendo mi madre para ayudar a mi padre.*

*Crecí, fui a la escuela, fui aprendiendo que nosotras en mi pueblo vivíamos pobres, ignorantes de todo. Que era necesario cambiar, para cambiar era necesario organizarse, era necesario convercerse que somos pobres, enojarse por eso y luchar para dejar de ser pobres. Cuando fui a la escuela vi que para aprender debíamos comprar cuadernos, lápices, ropa, porque para ir a la escuela hay que cambiarse. Ahora con mis hijos, veo que se necesitan muchas cosas para que puedan aprender.*

*Viendo todo lo que hay que comprar para aprender y dejar de ser ignorantes y pobres, siguiendo la enseñanza de mis papás, por allí de los años 75-76, empezamos a organizarnos, porque ya sabíamos que organizadas nos iba a ir muy bien. Pudimos juntarnos 110 mujeres de varios pueblos de la región Triqui Alta y luchamos hasta conseguir el registro como cooperativa; con esto seguimos insistiendo en vender nuestras artesanías, con esto aprendimos que la creación que nos heredaron nuestras abuelas tiene muy poco aprecio y dijimos, en parte tiene razón porque un huipil es caro y las mujeres que no son como nosotras se resisten con ropa barata, sus tortillas las envuelven con cualquier trapo. Nosotras no lo hacemos así. Porque no le faltamos el respeto a algo tan sagrado. Cuando vimos eso dijimos, vamos a hacer cosas sencillas y baratas para ver si así compran y si nos compran un poco más. Pero muy poco. El caso es que cuando nos decían organizarse y tendrán todo, nos organizamos. Ahora*

*decidimos ya no seguir siendo cooperativa, porque con tantos papeles que nos piden e impuestos que nos quieren cobrar, cuando que los únicos que nos compran son FONART y ARIPO, y eso muy de vez en cuando. Nos sale más caro comprar libretas para los controles administrativos, que lo poco que podamos ganar.*

*Otra cosa que nos hace pensar en el camino que nos dejaron las abuelas es que una vez, a unas gentes les gustaron mucho unas servilletas que tejíamos, entonces nos encargaron que hiciéramos 5,000, en unos dos o tres meses. Además, tenían que estar igualitas en tamaño y color y nos metieron en problemas, porque entonces cada mujer tenía que dedicarle mucho tiempo al tejido. Y en nuestra vida, nosotras tejemos platicando, riendo a los hijos, jugando con los telarcitos de nuestras hijas, jugando con los colores para las figuras. Vimos que cuando tejemos por obligación nos cansamos, y pensamos que a lo mejor es que entonces trabajamos como una mujer en una oficina, en un taller, o las mujeres de la ciudad que todo el día están encerradas barriendo, cocinando, porque su casa es grande. También dijimos: ¿cómo vamos a preparar la fiesta si trabajamos por obligación, cómo vamos a ayudar a nuestros hombres si tenemos que tejer a fuerza, cómo vamos a preparar el temazcal, si tenemos que comprarles cuadernos y uniformes a nuestros hijos?*

*Cuando sabíamos que éramos triquis, podíamos resolver nuestras cosas sin muchos problemas, ahora que somos pobres, la vida es pesada y difícil.*

*¿Qué es lo que realmente necesitamos las mujeres triquis? No sé, a lo mejor organizarnos para competir entre nosotras, para tratar de que nuestra organización le caiga bien a tal o cual funcionario, a tal o cual partido u organización, para que así nos apoye.*

*Por mi parte, estoy tratando de ver hacia atrás, por el camino de mis abuelas para ver si así camino segura para adelante.*

*Disculpen mis confusiones, sólo me queda invitarles a que nos acompañen para el próximo 28 de junio pues acabo de ser nombrada mayordoma de una fiesta. Gracias.*

*(Esther Sandoval Cruz, domicilio conocido, Putla, Oaxaca).*

"La mujer zinacanteca en la vida cotidiana"

*En nuestro pueblo de Zinacantán, además de los trabajos de la vida cotidiana, algunas mujeres trabajan en otras actividades que les rinden ganancias y otras no. Por ejemplo: unas se dedican al telar de cintura para hacer brocado y otras solamente bordan esas prendas. Otras más se dedican al pastoreo y a la crianza de guajolotes y gallinas o a la venta de artesanías que compran a las tejedoras. Pero hay algunas que tejen, bordan y venden ellas mismas los textiles, lo que les deja mejores ganancias. La mayoría se dedican a los trabajos del hogar, el cuidado de los hijos. Principalmente para que los hijos tengan el cuidado de su madre y no les haga falta cariño materno, ropa ni buena alimentación. De la misma manera se dedican al cuidado del esposo. Pero aunque tengan ganas de trabajar en otra cosa, no pueden hacerlo porque algunos maridos son celosos o no les gusta que sus mujeres salgan frecuentemente, digamos a traer leña, agua o a vender sus artesanías.*

*Hay algunas mujeres que por no haber podido asistir a la escuela, no saben siquiera escribir su nombre; en cambio, las que fueron privilegiadas por sus padres y sí pudieron asistir a la escuela, les ha ido mejor en el futuro, porque unas son maestras, secretarias, enfermeras o escritoras bilingües. Pero el haber llegado a ese puesto se debió al esfuerzo de sus padres; aunque no sólo de ellos, sino porque también ellas pusieron algo de su parte. En cambio, las mujeres que no quisieron o no tuvieron oportunidad de ir a la escuela, se quedan en sus casas a trabajar en las labores del hogar y luego se arrepienten de no haber podido seguir adelante.*

*En la vida cotidiana del hogar, la mujer se tiene que levantar temprano para hacer las tortillas, moler el pozol y preparar el desayuno de su esposo, para que se vaya al campo a trabajar; ya que terminó de preparar el almuerzo de su esposo, ella termina de hacer las tortillas, de cocer el nixtamal, y ya que aclara un poco más, entonces se va al monte a traer leña. Y cuando regresa, viene a desayunar y a limpiar su casa; si tiene agua cerca, se pone de inmediato a lavar la ropa; y si no, tiene que ir donde encuentre agua para hacerlo. Terminando la limpieza de la casa comienza*

*a tejer en su telar de cintura, ya sea la ropa de su familia o alguna ropa para vender. Ya que si no le alcanza para el gasto, tiene que ayudarse en algo, pues si su esposo se dedica solamente al campo, muchas veces no les alcanza para el mantenimiento de la familia, debido a que los productos que él cosecha, sean verduras, maíz, frijol o rabanitos, que no tienen un precio fijo en el mercado: a veces es bueno y a veces es bajo el precio, y en otras ocasiones se pierde la cosecha por granizo o por falta de lluvia. Y por esa razón, algunas mujeres se dedican a la artesanía, y otras, a la venta de tortillas; peor es para algunas mujeres que se quedan viudas y con niños chiquitos que debe mantener; entonces ellas tiene que ver la manera de trabajar para mantener esos niños, ya sea tejiendo ropa ajena o para vender como artesanías. Algunas reciben pedidos de hechura de tostadas o alimentos para los hombres que van a trabajar al campo, que pagan algunas mujeres que ganan lo suficiente para pagarlo.*

*Las mujeres pobres sufren mucho en la vida cotidiana, sobre todo por falta de recurso económicos, ya que el trabajo de la mujer campesina casi no se valora en nada. El gobierno no le pone un precio favorable a los trabajos que hacen las mujeres, o la misma sociedad no valora la habilidad, el esfuerzo ni la tradición de las artesanías indígenas. Por ejemplo, los textiles que hacemos con nuestras propias manos, y que son una herencia que nos dejaron nuestros antepasados; para nosotros es un tesoro que vale mucho; por eso pensamos que nuestra lengua y nuestro trabajo manual debe ser valorado y debe seguir sobreviviendo. Las madres de familia sienten que tienen el gusto y la obligación de enseñarles a sus hijos la cultura y las tradiciones para que sigan de generación en generación, para nunca perder nuestros conocimientos, nuestras leyendas, costumbres y tradiciones, ya que ese es el tesoro más grande de los pueblos indígenas. Está bien que salgamos del pueblo por algún motivo o necesidad, pero estando en la ciudad nunca hay que olvidar nuestro idioma ni las costumbres de nuestro pueblo.*

*Ya que son las mujeres encargadas de reproducir nuestra gente, nuestra cultura y nuestro idioma, pensamos que siempre*

*debe tomárseles en cuenta de la misma manera que a los hombres, pues ellas son las raíces de las familias y de la sociedad. Por eso mismo ellas valen lo mismo que los hombres; nunca hay que dejarlas al último, porque siempre las mujeres valen lo mismo como personas. A las mujeres indígenas hay que apoyarlas como se apoya el trabajo de todas las mujeres mexicanas. No porque sean indígenas hay que hacerlas menos, porque todos somos seres humanos y valemos lo mismo, y más todavía como portadoras de vida y reproductoras de nuestra más antigua cultura y tradición. Muchas Gracias.*

(Petrona de la Cruz Cruz, Zinacantan, Chiapas).

Deseo que estas manifestaciones sirvan de punto de arranque, de toma de conciencia que preceda a la acción feminista, a la acción liberadora que se puede dar en cualquier frente, en la casa, con las vecinas, en el aula, en el salón de conferencias, en el grupo pequeño o en el apostolado, incluso en el desayuno con las amigas. Cierro el testimonio de esta obsesión personal con una paráfrasis de Rosario Ferré:

*"Si mi escritura ha servido para que una sola persona se conmueva ante la injusticia que implica la explotación por cuestiones de género-sexo de la mujer, no importa que me consideren una fanática acientífica, subjetiva, loca y fea".*<sup>37</sup>

Después de todo, creo que mi obsesión personal pudo convertirse en investigación y en respuesta; y que servirá no sólo para refutar la ceguera falocéntrica de los Ulacias o los Franciscos Sosas.

---

37. Rosario Ferré, "La cocina de la escritura" en *La sartén por el mango*, varias autoras, Puerto Rico, 1985, p. 248